

# TO RRI

ERNESTO SÁNCHEZ PINEDA

PEQUEÑA GALERÍA DEL ESCRITOR HISPANOAMERICANO



---

TORRI

---

PEQUEÑA GALERÍA DEL ESCRITOR HISPANOAMERICANO

GALERÍA DE  
ideas y  
letras

Ernesto Sánchez Pineda

---

TORRI

---

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

*Torri*

Primera edición, 2019

D.R. © *Del texto:*

Ernesto Sánchez Pineda

D.R. © *De la presente edición:*

Universidad de Guanajuato, Lascaráin de Retana 5

Centro, C. P. 36000, Guanajuato, Guanajuato

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de la presente obra, a través de cualquier medio, sin el consentimiento previo del editor.

ISBN volumen: 978-607-441-651-0

ISBN obra completa: 978-607-441-767-8

Editado en México

*Edited in Mexico*

La Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano pertenece al proyecto Galería de Ideas y Letras de excelencia académica. Este volumen fue publicado gracias a que la PGEH fue beneficiada en la Convocatoria Institucional de Investigación Científica (CIIC) 2019 de la Dirección de Apoyo a la Investigación y al Posgrado (DAIP).

## *Contenido*

<i>Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano</i>	9
<i>Prólogo</i>	13
Introducción. Veredas de tinta	19
Esbozos del artista. El escritor bajo la mirada del otro	25
El <i>happy few</i> : los cómplices	47
La sonrisa y el silencio	83
<i>Bibliografía</i>	103
<i>Sobre el autor</i>	111



*Pequeña Galería del Escritor  
Hispanoamericano*

EL PRIMER LIBRO DE LA PEQUEÑA GALERÍA del Escritor Hispanoamericano se imprimió en el 2013. Han transcurrido seis años desde que este proyecto surgió del entusiasmo y complicidad de muchos colegas, amigas y amigos. Este año, entra a la *Galería*, para decirlo con José Emilio Pacheco, quien “tuvo el acierto de darnos la quintaesencia y ocultar el fárrago”, como lo apunta en el *Inventario* publicado el 28 de febrero de 1981, “Julio Torri o la humildad premiada”.

En las antípodas del fárrago, como dice Pacheco sobre el autor de *De fusilamientos*, han buscado estos *libritos* hablar sobre autores fundamentales de la literatura hispanoameri-

cana. *Galería de Ideas y Letras* –el proyecto de excelencia académica así nombrado a partir del 2017, con el surgimiento de sus “aliadas” o “hermanas”, es decir, la Pequeña Galería de la Cinematografía y la Pequeña Galería del Pensamiento– busca, no la quintaesencia, sino la claridad, la palabra amable y sencilla –que a veces es lo más difícil de lograr– para sus lectores. Busca, en definitiva, una palabra amorosa y de concordia para su lector.

Llamarle *Galería* obedece al origen de la propia palabra. Del latín *galilaea*, que quiere decir pórtico, atrio, estas galerías son la entrada, para el extranjero, para el que no conoce, a la obra de escritores, ensayistas, filósofos y cineastas. De tal suerte que quien tiene en sus manos alguno de los ejemplares de las *Pequeñas Galerías*, de los *libritos*, podrá encontrar una invitación a la lectura o a la visita a las obras del creador o pensador en cuestión. Cabe decir, al respecto, que los autores de cada uno de los *libritos* son académicos que conocen en profundidad el estado de la cuestión y la obra del creador o pensador del que se ocupan, pero, además, escriben sobre ellos con un lenguaje afable, llano, sencillo y sobre todo amoroso. Se

trata de volver a las cosas sencillas, como diría Jorge Luis Borges.

ASUNCIÓN RANGEL

*Coordinadora de la Pequeña Galería  
del Escritor Hispanoamericano y responsable  
del proyecto para la excelencia académica  
Galería de Ideas y Letras*



## *Prólogo*

ERNESTO SÁNCHEZ PINEDA COMIENZA estas páginas sobre Julio Torri con una evocación personal de su primer encuentro con el autor, recuerdo en el que se entrelazan el descubrimiento de un escritor querido, la marca imborrable de ciertos maestros y el deslumbramiento propio de las lecturas de formación. La anécdota no es gratuita pues rescata algo fundamental del aliento que anima la Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, una colección que, además de ofrecer un amplio crisol de estudios sobre literatura hispanoamericana, ha otorgado a sus autores la oportunidad de reencontrarse con aquellas figuras literarias que consiguieron despertar una vocación o terminaron por convertirse en una obsesión intelectual. Ese es el caso de Sánchez Pineda,

quien aprovecha estas líneas para emprender un viaje de ida y vuelta alrededor de Torri y el grupo que acompañó sus primeros pasos como escritor, el Ateneo de la Juventud, más tarde Ateneo de México.

Divido en tres partes, este *Torri* perfila la figura más bien discreta del coahuilense, lo sitúa en el marco del grupo al que perteneció y apunta algunos de los rasgos más singulares del estilo de este escritor *raro*, que ha sido, al mismo tiempo, una suerte de ilustre desconocido y uno de los fundadores de nuestra modernidad literaria.

Se trata de un libro en el que Sánchez Pineda, con la obra de Torri como incitación inaugural, dirige la mirada a los márgenes de las cosas y aprovecha para ensayar sobre la vida que se oculta tras el telón de lo público: el hombre detrás del artista, reza el lugar común. El brillo de la vocación y la parquedad de lo cotidiano, el abrazo del arte y la dureza de la realidad como polos de la trayectoria vital y literaria; la historia como tiránico telón de fondo de nuestras pequeñas vidas y la presencia permanente de los compañeros de juventud como cómplices, modelos y escuchas que contribuyeron a dar forma a un talante intelectual;

el cuidado de miniaturista, la paciencia botánica, la precisión de relojero que están detrás de una prosa escasa por exquisita, breve por sugerente, son algunos de los motivos con los cuales Sánchez Pineda va hilando este ensayo que, con gesto torriano, sitúa el foco en aquellos detalles que se escapan al ojo distraído. Un ensayo que es, ante todo, una invitación, una sugerencia o una incitación para leer o releer a Torri, cuya obra se caracterizó justamente por ser eso: una obra abierta, estimulante y provocadora en la que el lector debe buscar la última palabra.

ANUAR JALIFE JACOBO



*Toda la historia del hombre está en  
su actitud.*

JULIO TORRI



## Introducción. Veredas de tinta

PARECERÍA EXTRAÑO COMENZAR UN ENSAYO con una anécdota personal, una digresión retórica que aparentemente sólo se emplea para llenar líneas, pero en este caso la evocación en sepia confirma el entusiasmo que me provocó la invitación de la doctora Asunción Rangel, encargada de esta empresa que es la Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, para realizar este libro que se centra en la vida y obra de Julio Torri (1889-1970).

Mi primer acercamiento a la obra del coahuilense fue como casi siempre son las aproximaciones iniciales a las cosas desconocidas o prohibidas y, por lo tanto, seductoras o divertidas: por la recomendación de alguien que ha tenido la fortuna de recorrer esos senderos

de ida y vuelta, una o varias veces. Turistas de la experiencia para los que la anécdota del viaje no es suficiente como prueba del recorrido, porque están seguros de que las palabras no alcanzan a sintetizarlo o bien porque se sienten incapaces de transmitir con fidelidad los pasos que tomaron o porque, tal vez, más que relatar lo sucedido, quieren señalar la vereda para que otro emprenda esa travesía que los ha marcado. La recomendación, entonces, se convierte en un abrazo para el interlocutor, un muestra de afecto que pretende compartir aquello que se le escapa al recuerdo, una invitación a la exploración, a la aventura; sobre todo, cuando se trata de un libro, porque un libro siempre es un viaje, un desconcierto, una afrenta, una reconciliación o un reconocimiento.

*Tres libros*, de Torri, cayó en mis manos una tarde en el patio del ex convento de Valenciana, donde se ubicaba la entonces llamada Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guanajuato, acompañado de tres palabras en un acento español muy marcado: “lee esto, joder”. Las poco menos de doscientas páginas fueron un obsequio de un profesor que siempre he admirado por la manera curiosa y apasionada con que vive la literatura. Leí el libro

como si la recomendación hubiera sido una orden. En seguida quedé prendado de la prosa del coahuilense, de su habilidad para decir tanto en tan pocas palabras, de su sagacidad para eludir por medio de los indicios y los silencios la mirada distraída de los lectores que prestan poca atención. “Un escritor que exige”, recuerdo haber pensando.

La fascinación, con el tiempo, me incitó a dedicarle un par de tesis al escritor. Equivocación que disfruté en su momento, pero que provocó que, después, me alejara de la obra torriana, pues ese tipo investigaciones son engañosas y poseen, en la misma proporción, la capacidad de deslumbrar y provocar el tedio. Lo mismo que nos ayuda a comprender la obra que se analiza, la operación a pecho abierto, también nos aleja de su magia. Torri pensaba que “tan pronto como un escritor nos descubre la mecánica de su pensamiento, sus hábitos mentales, sus reacciones acostumbradas y el cielo bajo de sus ideas preferidas se nos cae de las manos y de la gracia” (2011: 182).

Por eso, acabadas estas empresas académicas, abandoné las relecturas torrianas. Hasta el momento en que decidí comenzar estas líneas, desempolvé esos libros colocados en un lugar

privilegiado de mis estantes para volcarme, una vez más, a sus páginas. No fue sorpresa que la escritura que me atrapó en esos años de universidad siguiera susurrándome de forma seductora, apuntando en los silencios guiños de los que no me había percatado. Entonces entendí que la escritura de Torri no envejece y el tiempo sólo marina sus palabras para que en el nuevo bocado se degusten sabores y texturas antes no paladeados.

Ahora bien, la anécdota sirve como explicación de mis gustos, pero también como justificación de mi manera de proceder en este libro. Aquí se recorren ciertas veredas que me parecen dignas de apuntar sobre la vida y obra del escritor de *Ensayos y poemas*, pero no se desborda en la nota técnica ni en las referencias que son comunes, y necesarias, en otros textos de corte más académico. Este libro busca ser un apunte lúdico sobre una personalidad que prefiere “los saltos audaces y las cabriolas que enloquecen de contento, en los circos, al ingenuo público del domingo” (Torri, 2011: 119). También vierto, de alguna manera, inquietudes y curiosidades que pueden llamar la atención sobre una forma singular de escritura que no está divorciada ni de la postura públi-

ca ni de las empresas en las que participó el escritor durante las primeras décadas del siglo xx, pero que tampoco, en pleno siglo xxi, ha perdido vigencia.

En una primera parte hago un esbozo general del literato y de su estilo por medio de algunos trazos diseminados en libros y artículos que pretenden perfilar a Torri a través de la mirada del otro; ese escritor, crítico, amigo, alumno, colega, que al momento de ser enunciando, a través de los recuerdos trastocados por el tiempo, termina elevándose como personaje. Pastiche que pretende enfatizar los rasgos más notorios tanto de la personalidad y el estilo de este autor desde una vertiente que fue definitiva en su vida: la docencia.

En un segundo apartado, hago un breve recorrido histórico que parte de la relación de Torri con aquella pléyade que despuntó a principios del siglo xx: el Ateneo de la Juventud. Escritores y pensadores con los que el coahuilense se identificó ideológicamente y a quienes acompañó en diferentes proyectos y empresas. Afinidades y distancias, lecturas y experiencias se desglosan en este apartado con el fin de comprender la postura pública del coahuilense, pero también para acentuar los gustos

y las elecciones personales en el efervescente ambiente cultural de principios de siglo.

Dedico un último apartado para reflexionar sobre los alcances de algunas técnicas compositivas que sobresalen en la obra torriana. Elecciones retóricas que, además, provocaron que, con el tiempo, la crítica literaria le otorgara a Julio Torri un lugar primordial en la literatura mexicana. En este espacio atiendo lo mismo minucias que generalidades sobre el estilo finamente elaborado de este escritor que se balanceaba entre la obsesión y la ligereza: el trabajo de orfebre bajo la lupa del curioso.

Habría que mencionar que esta pequeña contribución, además, adquiere un significado especial porque celebra, de alguna forma, los 130 años del natalicio del aforista. Pero eso no quiere decir que las veredas que aquí trazo pretendan ser más de lo que son, veredas a las que se invita a transitar con la ligereza de aquel que monta la bicicleta y suelta el volante para sentir el viento contra el rostro. Es una exhortación para que los nuevos lectores se lancen a la pesquisa de la obra del coahuilense. Con todo ello, no sobra decir que lo ofrecido en estas páginas son sólo migajas tiradas en el bosque.

Esbozos del artista.  
El escritor bajo la mirada del otro

*Todos somos más o menos de otro,  
procedemos de otros espíritus, ve-  
nimos de otras impresiones; por eso  
ha dicho un humorista que uno no  
es uno: uno es muchos.*

CARLOS DÍAZ DUFOO

JULIO TORRI NACIÓ EN SALTILLO, COAHUILA, un 27 de junio de 1889 y murió un 24 de mayo de 1970 en la Ciudad de México. Su vocación fue la escritura, pero su carrera se desvió hacia la docencia, dos facetas que cultivó durante toda la vida. Aunque su título universitario fuera de abogado —el cual obtuvo en 1913 por parte de la

Escuela Nacional de Jurisprudencia—, siempre se decantó por los estudios literarios. En 1933, obtuvo su doctorado en Letras, otorgado por la Universidad Autónoma Nacional de México, y, en enero de 1942, fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, donde ocupó la silla número XII diez años después; en noviembre de 1953 leyó su discurso de ingreso, el cual versó sobre la *Revista Moderna de México*, ese año también fue nombrado profesor emérito de la Universidad. Su apellido materno, Máynez, no figura nunca en las firmas de sus obras; lo que ha logrado que sólo se le identifique con el apellido paterno, el cual es contundente y definitivo, y sin duda contribuyó a erigir la fama del escritor. Sobre ello apunta Salvador Novo: “Cuando se goza de un nombre excepcional como el de Julio Torri o el de Jorge Enciso, se tendrá fama continental de literato o de pintor aunque nunca se haya pintado un cuadro o escrito dos libros” (1929: 36).

El poeta de Contemporáneos señala algo que es cierto: la fama, que en muchos casos no está ligada ni siquiera a la calidad de la producción, no depende en absoluto de la cantidad (aunque a veces esto confunda a la crítica). El

señalamiento probablemente sea irónico, pero en el caso de Torri es atinado. El número de libros que el coahuilense dejó es mínimo, sobre todo si se compara con las producciones exuberantes de algunos de sus compañeros (como Reyes, Vasconcelos o Caso); sin embargo, esto no fue impedimento para que, con el tiempo, se convirtiera en una figura central de la literatura mexicana. José Emilio Pacheco escribe que “En un continente caracterizado por la abundancia, ahogado por el fárrago, a los 75 años la obra literaria de Julio Torri se reduce –si descontamos la *Historia de la literatura española* y algunas ejemplares traducciones como el *Discurso sobre las pasiones del amor* de Pascal– a las doscientas páginas que forman [*Tres libros*]” (1981: 25); páginas que con el tiempo, a pesar de los intentos de rescate de textos inéditos en publicaciones periódicas extranjeras o en el archivo personal del escritor ubicado en Tlaxcala, se han incrementando sólo un poco y se encuentran, casi en su totalidad, en las *Obras completas*, recogidas por uno de sus estudiosos más devotos, Serge I. Zäitzeff, para el Fondo de Cultura Económica en 2011.

También hay que recalcar que, a pesar de las distintas técnicas de auto encumbramien-

to que están en boga hoy en día, la fama se encuentra condicionada, restringida, a la opinión y la lectura del otro, pero sobre todo a la resistencia de la obra al paso del tiempo. Sin embargo, si la escritura asegura cierta firmeza ante las inclemencias que puedan presentarse, la imagen del escritor es víctima fácil de repercusiones más severas, pues la fidelidad de la mirada se desvanece y los bordes, alguna vez claros, se difuminan si no se dejan sentados en tinta, aunque sea en un rincón del cuaderno de notas. El resultado de este proceso de desdibujamiento corresponde más al de una leyenda, a un constructo que se ha ido erigiendo a favor o en contra de esta o aquella figura, y al que se agregan aspectos que desbordan en lo fantástico con el sólo propósito de no olvidar. Porque incluso cuando la mirada del otro pretende hacer justicia, nunca se logra un retrato fidedigno del sujeto que se observa, no importa la distancia, pues la perspectiva está viciada por la subjetividad de quien mira. Menos aún si se parte de los registros que esbozan actitudes y comportamientos, que señalan manías y extravagancias resultados de una relación personal que pocas veces se puede generalizar. La mirada se enturbia cuando la información escasea o cuando

los testigos hablan desde un tiempo remoto; entonces, el esbozo del personaje histórico se erige de los retazos, parches, pedacera, provenientes de recuerdos, apuntes, epístolas, que van encontrando aquí y allá los arqueólogos de curiosidades. Las concordancias se superponen a la nota extraordinaria y, poco a poco, se revela una consistencia en las miradas que permiten ofrecer al otro, al peregrino o al curioso, una silueta más detallada.

Hoy, la facilidad para acceder a la información permite que la obra de Torri, en otros tiempos escondida y de difícil acceso, esté disponible para cualquier interesado en ella. Pero hay que tener en cuenta que “no importa qué advenedizo de variable edad hable hoy de Julio Torri, pontificando sin necesidad de documentarse ni experiencia directa, sobre su persona o su menguada obra”, antes de los años cincuenta del siglo xx sólo un puñado lo conocía y lo cultivaba (Cfr. García Terrés, 1987: 7). Lo que indica que la fama del coahuilense no fue inmediata, sino una construcción paulatina y progresiva. Esto se debe en gran parte a la insistencia por parte de la crítica literaria para atender su obra, una crítica que encabezó Zaïtzeff, pero que mereció también la atención, en

un principio, de un puñado de escritores mexicanos. Me valgo de la mirada de estos primeros devotos para resaltar algunas características que considero fundamentales en la obra torriana, pero también para establecer ciertos matices de una personalidad distinguida.

Un extracto del texto intitulado “Beati qui perdunt...” encapsula, de cierta manera, la concepción que tenía Torri acerca de la percepción del otro, una consciencia plena de que tanto las acciones como las palabras son trascendentes: “nuestra vida es una obra de arte que trabajamos incesantemente” (2011: 113). En el ensayo *El arte de Julio Torri*, Premio Xavier Villaurrutia de Escritores para Escritores 1983, Zaitzeff reflexiona sobre los motivos y temas que el coahuilense desarrolla a lo largo de sus textos. El investigador de Calgary no duda al afirmar que en el entramado de referencias presentes en la obra torriana se pueden encontrar suficientes “alusiones que permiten entender el concepto que [Torri] tenía de la vida, concepto que se caracteriza fundamentalmente por una clara dualidad” (Zaitzeff, 1983: 43), que se muestra, por un lado, en la arista mundana de la vida, la cotidianidad y la monotonía que implica la rutina a la que estamos

condenados y, por otro lado, en los destellos de esperanza que suelen aflorar cuando escapa –o escribe que escapa– hacia un “mundo de belleza y la imaginación. Esto provoca un efecto ambivalente en su escritura que trata lo insignificante y lo sublime como elementos que, a pesar de su lejanía, se complementan.

Para ejemplificar esta dualidad, Zaitzeff utiliza el poema en prosa “La balada de las hojas más altas”, donde la distinción entre los poetas (las hojas) y los transeúntes que desfilan por los senderos es clara. El mundo idealizado de la poesía se aleja de la cotidianidad de los oficios mundanos que, desafortunadamente, para la mayoría son imposibles de evitar.

La contraposición no sólo permea la obra torriana, sino que se manifiesta en la vida del coahuilense; quien, por gusto, se hubiera volcado a la literatura y la escritura como única forma de vida y de sustento, pero que siempre se vio condicionado a realizar trabajos, en la docencia y la burocracia, para pagar las cuentas. Tal vez por eso, me parece que la diferencia que el investigador canadiense traza es más palpable en un texto contundente y singular donde confluyen ambas facetas, en una figura que bien podría servir como un espejo ironiza-

do del propio Torri; el texto se titula “La humildad premiada” y dice:

En una Universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí brillante porvenir en la crítica literaria.

Lo que leía en los libros lo ofrecía trasnochado a sus discípulos la mañana siguiente. Tan inaudita facultad de repetir con exactitud constituía la desesperación de los más consumados constructores de máquinas parlantes.

Y así transcurrieron largos años hasta que un día, en fuerza de repetir ideas ajenas, nuestro profesor tuvo una propia, una pequeña idea propia luciente y bella como un pececito rojo tras el irisado cristal de una pecera (Torri, 2011: 139).

Varios de sus estudiantes, después renombrados escritores, nos han dejado estampas que enfatizan los gustos, los temas y la erudición que el coahuilense desplegaba en el salón de clases. Novo lo recuerda como “bajito, rapado, semitartamudo; con ligeros anteojos sin aros sobre un rostro entre asombrado y burlón, pero siempre inmóvil, deliberadamente inexpresivo.

Sus bolsillos daban la impresión de hallarse siempre llenos de piedritas; pero eran libros, tamaño bolsillo: ediciones raras, numeradas, que acariciaba con sensualidad” (*apud* Espejo, 1991: 83); por su parte, Pacheco, recuerda que

enredado en su timidez el maestro entraba con pasitos a un tiempo breves y veloces. Se despelmaba ante el escritorio. Miraba a las muchachas en flor, enrojecía y comenzaba a leer, en una voz que no puede llamarse “alta” un artículo de Larra. Interrumpía su lectura para fijar la atención sobre algún detalle e insistir: “Larra es un gran estilista. Si quieren aprender español tienen que leerlo”

descripción que concluye:

Terminada la clase nos dejaba como tarea enlistar las palabras y expresiones idiomáticas desconocidas para nosotros, que parecen por ejemplo en *Juanita la larga* de Valera.

Ni siquiera las mayores arideces del latín nos parecían tan aburridas (1989: 55).

Los recuerdos presentan a un profesor de literatura que incluso entonces estaba cubierto

por cierto halo de misticismo que se veía diluido por la ligereza y amabilidad que irradiaba a la par de esas miradas pícaras lanzadas de manera constante y poco disimulada a las señoritas. Recuerda Margo Glantz:

Los que nos sentábamos cerca de la ventana mirábamos mientras don Julio miraba a la joven de suéter, vil imitadora de Lana Turner entonces muy a la moda. De nuevo, ya calmado, don Julio retomaba sus lentes incompletos, esos lentes partidos en dos, que dejan al aire parte de los ojos para instalarse con desgracia en la punta misma de la nariz y retomaba la conjunción copulativa (1989: 32).

A partir de los testimonios se justifica aquella casi leyenda que afirma que al coahuilense le gustaba pasear en bicicleta por las calles de la Ciudad de México mientras coqueteaba con las sirvientas que barrían la calle a medio día o bien aquel murmullo diseminado popularmente de que, en su colección privada, tenía una gran cantidad de libros eróticos, forrados en telas finas y pieles, que sólo mostraba, de vez en cuando, a alguna visita femenina con el sólo afán de sonrojarla (Cf.

Espejo, 1991: 51-52). Cuando esto pasaba, “se le subían los colores; su voz sufría apagones, espasmos y silencios muy denunciante; bajaba los anteojos sobre la nariz o miraba por encima de ellos para atisbar mejor las reacciones del auditorio femenino” (Mejía, 1989: 48). Era tan transparente en sus formas que estos ademanes, picardías, fueron configurando la imagen del alumnado, que llegó a estipular: “es famosa la leyenda de su soltería, que acoge a la vez numerosas amantes y una inefable colección de libros pornográficos” (Balza, 1989: 11), o bien: “los amores, venturas, aventuras y desventuras de Julio Torri adquirieron en vida suya el prestigio de leyenda [...] no me extrañaría que el futuro nos lo volviera, más que un ‘formidable Don Juan’, un Quevedo, un Lope o un Villamediana” (Mejía, 1981: 23).<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En *Anywhere in the south. Cartas de una joven texana a Julio Torri*, Zaitzeff muestra cómo el poema narrativo del coahuilense está impregnado de elementos autobiográficos donde se puede apreciar el tránsito del profesor por la Escuela de Verano para Extranjeros que se fundó a comienzos de los años veinte en México y la correspondencia que mantuvo con Esther R. Brown, fuente de inspiración para el texto que esboza a un profesor enamorado y una “pobre orquídea texana”, Miss Brown (2006: 13-14).

Sin embargo, esta faceta del profesor es más bien indiscreta o entretenida, pues funge como la contraparte de ese personaje enjuto y tímido que deambula por los pasillos de la universidad con un aire distraído, contemplando, eso sí, las maravillas que la cotidianidad le presentaba. Una personalidad contenida, reservada, más bien retraída que se caracterizaba por la amabilidad de trato, explica, en cierta forma, por qué el ojo curioso, que se detenía en alguna falda corta o un escote pronunciado, se nublabá ante la monotonía del discurso repetido en el salón de clases. La perorata aprendida y la reiteración eran para el coahuilense una especie de suplicio al que se entregaba porque consideraba la cátedra una forma de transmitir sus indagaciones intelectuales, pero también porque desde la segunda década del siglo xx fue su vía para subsistir, a la cual se dedicó de tiempo completo siete u ocho horas diarias al final de su carrera. “Eso explica que durante décadas mantuviera sin modificaciones sus programas desoyendo críticas estudiantiles” (Espejo, 1991: 115) y que de su clase fuera “unánime la opinión de los discípulos sobre su aburrida pedagogía” (Balza, 1989: 11). A pesar de ello, muchos de los que transitaron por las aulas

donde él llevaba la batuta quedaron prendados por la erudición que mostraba respecto a ciertos temas. José Luis Martínez, por ejemplo, asegura que “para muchas generaciones de estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional Autónoma de México, la enseñanza de la literatura ha estado apoyada en la sabiduría y en la constancia de algunos maestros ejemplares; uno de ellos, Julio Torri” (1981: 27).

En el caleidoscopio de testimonios, Xavier Villaurrutia habla del grupo al que Torri perteneció con una resolución lacónica: “¿Qué fue de la generación del Ateneo? Desde luego la muestra de una actitud seria ante las cosas de la cultura. Sus miembros fueron universitarios, profesores. Si no pudieron llegar a ser maestros en la profunda acepción de la palabra, no fue culpa de ellos. Fueron y son hombres cultos y en ese sentido son un antecedente de la generación nueva...” (*apud* Espejo, 1991: 81).

En el caso particular del coahuilense se nota una preferencia por algunos estudiantes que supieron reconocer la valía con la que, más allá de la fachada de desinterés, el maestro abordaba sus pesquisas intelectuales. “Torri fue

un maestro de minorías y de selección. Elegía a sus alumnos, sus temas y sus autores” (Millán, 1981: 58). Uno de esos privilegiados fue José Luis Martínez, quien sobreponía a la falta de talento didáctico de Torri su capacidad casi natural para despertar la curiosidad en el estudiante sobre temas que consideraba relevantes, capacidad tal vez de las más valiosas entre los profesores. El jalisciense lo recordó en varias de sus facetas, como maestro, como bibliófilo—una manía que se manifestó desde edad muy temprana y que culminó con una biblioteca que alberga ejemplares rarísimos y de gran valor— y como escritor. Sobre su papel como docente anotó: “Acaso nunca fue un maestro con grandes recursos pedagógicos; en cambio, nadie superó su auténtico amor por las letras y su capacidad para transmitir o para inocular, a unos pocos, este amor de toda la vida” (Martínez, 1981: 27).

De las múltiples descripciones que han dejado críticos y escritores se puede reconstruir un personaje que se mueve con parsimonia por el salón de clases, como quien sabe la materia de memoria, hablando sobre cuestiones generales, indispensables para la formación del alumnado, mientras se le escapan datos que

parecen surgir de una reflexión que comenzó mucho tiempo atrás y que el profesor ha ido masticando en la memoria lentamente.

También hay que mencionar que Torri “nunca entendió la enseñanza de la literatura como pretexto para amplias y brillantes teorías sino como una guía para el conocimiento de los textos” (Martínez, 1981: 27), prueba de ello es la selección de *Grandes cuentistas* que hizo y que ahora se conoce como *Antología del cuento universal* (1999) o el estudio que publicó como el breviario número 56 para el Fondo de Cultura Económica, *La literatura española* (1952), que en realidad son las notas de su cátedra universitaria hechas libro, cuyo valor como texto introductorio a la materia se cristaliza en las múltiples reimpresiones que ha merecido. El recorrido que ahí ofrece condensa información que va desde la Edad Media, pasando por los Siglos de Oro, hasta los tiempos modernos. Desde los juglares y la epopeya, los Reyes Católicos, Lope de Vega, Quevedo, Gracián y Sor Juana Inés de la Cruz, hasta los románticos y realistas del siglo XIX desfilan por las quinientas páginas de este estudio. Más que extenderse en los temas, en un desarrollo que puede agobiar, Torri presenta guías que, a pesar de responder

a un gusto personal, o tal vez precisamente por este motivo, incitan la curiosidad de los noveles estudiantes. Alí Chumacero, quien fue responsable del cuidado de la primera edición de ese libro, dijo que “resultó un éxito por su gracia que lo distingue de otros volúmenes didácticos. Cada autor está visto como un texto redondo. Don Julio eslabona unos con otros en un trabajo de zurcidor” (*apud* Espejo, 1991: 89-90).

Varias generaciones transitaron por las aulas de este profesor y recuerdan que

gracias a sus enseñanzas, la literatura medieval española tiene un sentido y un fulgor permanente para muchos de sus discípulos, que no podrán volver al *Poema del Cid*, al *Libro del buen amor*, a Berceo o al *Cancionero* de Baena sin recordar la voz velada y pausada de Julio Torri y las iluminaciones con que iba relevando el encanto rudo y delicado de los viejos textos medievales (Martínez, 1981: 27).

Pero de estos trazos generales que abarcan grandes periodos, parece más significativo la habilidad del escritor de *Ensayos y poemas* para encontrar en la historia literaria figuras poco

estudiadas por la crítica o que habían sido relegadas a un segundo plano por los protagonistas más celebrados, un “gusto por las pequeñas joyas olvidadas y los rincones inadvertidos” (27), sobre todo porque el talante del maestro por el detalle, por la curiosidad, por los personajes que se pasean en los recovecos menos explorados, también se percibe en su obra como uno de los elementos centrales. En una entrevista con Emmanuel Carballo, ahora inscrita en *Protagonistas de la literatura mexicana*, el coahuilense responde que precisamente esa es parte de su poética y de su estética, y redondea que todo ello se encuentra estipulado en el texto de “El descubridor” (Cf. Carballo, 1986: 174-175):

A semejanza del minero es el escritor: explota cada intuición como una cantera. A menudo dejará la dura faena pronto, pues la veta no es profunda. Otras veces dará con rico yacimiento del mejor metal, del oro más esmerado. ¡Qué penoso espectáculo cuando seguimos ocupándonos en un manto que acabó ha mucho! En cambio, ¡qué fuerza la del pensador que no llega ávidamente hasta colegir la última conclusión posible de su verdad, esterilizándola, sino que

se complace en mostrarnos que es ante todo un descubridor de filones y no un mísero barrete-ro al servicio de codiciosos accionistas! (Torri, 2011: 140).

El texto cristaliza al profesor que transita la cotidianidad de la historia literaria con el afán de encontrar algo nuevo, algo llamativo, una idea o un tema que anime su curiosidad intelectual, un dato útil que dé una explicación o establezca un nexo antes no percibido. De ahí el interés por los epígrafes, sobre los cuales incluso teorizó, o su afición al coleccionismo de libros, a los que solía poner a dialogar entre sí.

En plena consonancia con esta postura, no extraña que Torri declarara que la virtud literaria de su preferencia era, sin duda, “el horror por las explicaciones y las amplificaciones”, porque aunque escribiera por diversos motivos, muchas de las veces lo hacía para “escapar de las formas tristes de una vida vulgar monótona”; es decir, buena parte de la producción literaria del coahuilense pretende “evadirnos de la fealdad cotidiana por la puerta de lo absurdo” pues éste es “el mejor empleo de nuestra facultad creadora” (Cf. Carballo, 1986: 175).

Lo anterior sugiere una analogía entre el salón de clases y la obra torriana, pues en el aula, para cubrir el programa, el profesor hace un recorrido por la literatura universal y los sucesos y autores más relevantes de los distintos periodos, pero termina decantándose por el detalle de este o aquel escritor, por la frase suelta que contiene la potencia suficiente para enviar al lector o al alumno hacia diferentes veredas o escritores que le son íntimos, como Wilde, Chesterton, Shaw, Baudelaire, Poe (Cf. Madrigal, 2013: 30). El guiño y la alusión, entonces, se vuelven indispensables porque presentan la reflexión y son, al mismo tiempo, el escape necesario de la abundancia y la explicación que el escritor de *De fusilamientos* rehuía y condenaba.

Carmen Galindo encuentra que lo lúdico en la obra torriana se encuentra en relación con pensadores como Schiller o Schlegel, quienes, a diferencia de Hegel, reflexionaban sobre la imposibilidad de abarcarlo todo o decirlo todo de una vez, por lo cual encomiaban más la búsqueda que el fin. El recorrido, entonces, implica un fin en sí mismo, pero no en el sentido de una clausura sino de una apertura hacia otras lecturas o posibilidades. La pesquisa sólo alude

por medio de guiños, de pistas, que el otro, el lector, debe identificar. El horror por la abundancia proviene de esta manera de concebir la literatura, y encuentra en su “El ensayo corto” la explicación metaliteraria más íntegra de su proceder creativo:

Es el ensayo corto la expresión cabal, aunque ligera, de una idea. Su carácter propio procede del don de evocación que comparte con las cosas esbozadas y sin desarrollo. Mientras menos acentuada sea la pauta que se impone a la corriente loca de nuestros pensamientos, más rica y de más vivos colores será la visión que urdan nuestras facultades imaginativas (2011: 118).

La afabilidad de Julio Torri ayudó en buena medida a que no fuera objeto de críticas más desfavorables. José Emilio Pacheco recuerda en su artículo “Julio Torri o la humildad premiada” tal vez el único desencuentro real que tuvo el escritor en su carrera literaria, el cual fue con Antonio Caso, uno de sus compañeros del Ateneo de la Juventud, que lo llamó “el cuentagotas” por su incapacidad para escribir en cantidad, pero también como respuesta al texto “La oposición del temperamento oratorio

y el artístico” que Torri escribió pensando en el filósofo como referente. Pacheco anota que:

él es el único autor nuestro que no cuenta en su bibliografía indirecta con ningún ataque, ninguna refutación, ninguna página desdeñosa. De Alfonso Reyes en 1914, a Luis Miguel Aguilar, Eduardo Mejía y Roberto Vallarino en 1980, cuando se ha escrito acerca de Torri son elogios”, y termina explicando que la “unanimitad que ha sobrevivido al fin de varios mundos no puede explicarse nada más por la excelencia indiscutible de su obra (1989: 56).

Hay coherencia y correspondencia entre la actitud que Torri tomó en el salón de clases y la forma en que compuso sus textos. Si sus compañeros mostraron una actitud verídica hacia el fárrago —evidente en lo extenso de sus obras— y una preocupación por lo “exterior”, “hacia la admiración ajena como el espejo irremplazable, hacia la Patria, o la reconstrucción de la nacionalidad, o la épica rescatable del caos de la Historia, o el sentido humanista, o el método del conocimiento perfecto” (Monsiváis, 2008: 129), Torri disiente y se ocupa de la belleza, la contundencia basada

en la orfebrería fina en sus textos, alejándose de los eventos inmediatos que lo rodeaban y concentrándose en el detalle, en la joya oculta, en la quintaesencia de las cosas.

Además, Torri estaba consciente de que “Con el crear, es el enseñar la actividad intelectual superior. Se trata, seguramente, de una forma más humilde que la otra, puesto que no realiza y prepara sólo para realizaciones ajenas. Pero implica, sin duda, la afirmación más enfática de la comunidad espiritual de la especie” (2011: 100), y aunque consideraba que el enseñar y el crear fueran en cierto sentido actividades antitéticas, encontraba que, ante la imposibilidad de la segunda como vía de subsistencia, “la mariposa divina perderá sus alas, y el artista se tornará maestro de jóvenes” (100). A pesar de ello, o quizás por ello, “la demasiado escasa obra de Torri continuará agigantándose a los ojos de sus previsibles jóvenes lectores mientras haya en nuestro mundo una pizca de sensibilidad literaria susceptible de ser transmitida a las nuevas generaciones” (García Terres, 1987: 9). La mirada del otro seguirá dándole el lugar que le corresponde.

## El *happy few*: los cómplices

*... allá cuando desembocábamos en la vida con una fe en la amistad que ha sido para nosotros, a pesar de los vaivenes del tiempo, uno de nuestros más firmes sostenes.*

ALFONSO REYES

LLEGAMOS AL MUNDO CON UN GRITO Y UN llanto, solos. Nuestras primeras miradas se depositan en aquellos que hicieron posible el parto, rostros que jamás se van a volver a cruzar en nuestro camino, y en seguida en los padres. El amor incondicional de la familia se revela en los primeros minutos de esta jornada a la estamos sentenciados. Circulamos los años iniciales de nuestras vidas bajo el cobijo de este

amor filial que se fortalece gracias a los hermanos que se van sumando al contingente que será siempre un asidero de nuestras personalidades. Sin embargo, con el tiempo, mientras desarrollamos los rasgos distintivos que van a terminar por caracterizarnos, vamos agregando a este núcleo figuras que van a definir irreversiblemente la postura con la que nos posicionamos en este mundo. Amigos que llegan a ser familia, amistades que justifican las aventuras, los embrollos y los conflictos de mayor valía de nuestras vidas.

Julio Torri fue el hijo primogénito del matrimonio entre Julio Simón Torri y Sofía Máynez. La infancia la compartió con tres hermanos: Miguel, Enrique y José. Su padre también tenía una vena artística, fue músico e impartió clases de solfeo en el Ateneo Fuente (Torri, 2015: 14), pero también ocupó cargos burocráticos que, de alguna manera, permitieron que de niño confluyera con personajes como Manuel José Othón y en la preparatoria encontrara cierta afinidad intelectual con Artemio de Valle Arizpe, un poco mayor que él, hijo del gobernador de Coahuila, Jesús de Valle.

En 1905, a sus 16 años, publicó su primer cuento, "Werther", en *La Revista de Saltillo*,

texto que ya evidenciaba una predilección por la literatura alemana, así como otras características que llegarían a permear su producción literaria: la brevedad, el humorismo y los guiños intelectuales.

Estos primeros años, en los que se muda de Saltillo a Parras de la Fuente y después a Torreón y de nuevo, más tarde, a Saltillo, son el preámbulo de una vida que cobró un sentido diferente cuando el joven se trasladó a la Ciudad de México para comenzar sus estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1908.

En la capital sería recibido por un contingente que un par de años antes se había reunido en torno a la revista *Savia Moderna* (1906), empresa literaria dirigida por Alfonso Cravio y Luis Castillo Ledón que tenía por objetivo ser un espacio de expresión para la juventud mexicana. La revista tuvo una vida breve, sólo cinco números, pero el ímpetu de los que ahí se congregaron se trasladó a los espacios íntimos, a las salas, estudios y casas de los compañeros donde las lecturas y predilecciones intelectuales se fueron afinando. Un año más tarde, un evento marcó definitivamente a esta pléyade: la publicación de la segunda vuelta de la *Revista Azul*, ahora a cargo del periodista Manuel

Caballero. La nueva incursión proyectada por el director de *El Entreacto* trastocaba, tergiversaba, la intención con la que la empresa azul había iniciado con El Duque Job años atrás. La reacción de la juventud fue inmediata, firmaron una “Protesta Literaria” –la cual ha sido vista como un manifiesto de intenciones del incipiente grupo– y tomaron las calles de la capital, lo cual desencadenó una serie de reacciones públicas que tuvieron un efecto trascendental en el ambiente cultural de la época, sobre todo porque posicionaron rápidamente a esos jóvenes como figuras intelectuales. El coahuilense, sin saberlo, llegó a insertarse a este ambiente convulso, donde personajes de su edad, con inclinación por la literatura, la historia y la filosofía se encontraban en tránsito hacia la primera plana de la cultura mexicana.

La Escuela Nacional de Jurisprudencia tenía sólo 120 alumnos, muchos de los cuales provenían de la Escuela Nacional Preparatoria cuyo programa de estudios, desde cuatro décadas atrás, estaba basado en la filosofía positivista. Para un provinciano debe haber sido una experiencia aterradora llegar a un espacio lejos de casa, donde la mayoría de los alumnos ya tenían alguna especie de conexión. Sin em-

bargo, no tardó en hacerse de amigos, uno en especial sería decisivo durante el resto de su vida: Alfonso Reyes, quien recuerda ese primer instante de contacto con cierta nostalgia en una carta que le dirige a Torri en 1933:

[...] yo te conocí escondido bajo una mesa de lectura, en la Biblioteca de la Escuela de Derecho, cuando cursábamos el primer año y tú llegabas apenas de Torreón. Unos cuantos muchachos, todos paisanos tuyos, te asediaban y te lanzaban libros a la cabeza, porque acababas de declararles, con un valor más fuerte que tú, que Vargas Vila era un escritor pésimo, si es que estas dos palabras pueden ponerse juntas. En ese momento entré yo. Tú apelaste a mi testimonio como un recurso desesperado, y esta oportuna digresión dramática modificó el ambiente de la disputa, comenzó a apaciguar los ánimos, y te dio medio de escapar. Ya en la calle, me tomaste del brazo y me hablaste de aquel volumen de la Rivadeneyra, creo los *Novelistas anteriores a Cervantes*, recopilados por Buenaventura Carlos Aribáu. Desde entonces fuimos amigos (1995: 182-183).

No es difícil imaginar la escena. El chico enjuto pero firme de ideas, siendo rescatado por un Reyes que para ese entonces ya gozaba de cierto prestigio por sus intervenciones públicas en la Escuela Nacional Preparatoria y con los del grupo de *Savia Moderna*, así como por ser, para bien y para mal, el hijo de Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León y, para muchos, el personaje más presidenciable después de Porfirio Díaz. Reyes se identificó con Torri instantáneamente y lo presentó con algunos de los jóvenes que había conocido en la sala de redacción de *Savia Moderna*, los cuales en seguida se volvieron sus cómplices intelectuales. El coahuilense comenzó a asistir a las tertulias que se llevaban a cabo en el estudio del arquitecto Jesús T. Acevedo —por el cual se habían constituido como la Sociedad de Conferencias en 1907— donde se discutían las lecturas que más les atraían en ese momento: Schopenhauer, Bergson, Boutroux, Croce, Nietzsche, Ibsen, D'Annunzio (Cf. Curiel Defossé, 1999a: 63-87; Roggiano, 1989) y se leían en voz alta a los clásicos griegos.

Torri no tardó en encontrarse inmerso en un ambiente donde la reflexión y el estudio eran el eje rector de una visión que estaba con-

figurada a partir de las lecturas en común, pero que se inspiraba, en gran medida, en el ensayo del uruguayo José Enrique Rodó publicado en 1900: *Ariel*. Torri se unía a una cofradía que tenía por objetivo ponerse al frente de la cultura mexicana y encauzar, por medio de la educación y la inteligencia, al país fuera del estancamiento en el que se encontraba. Pero algunos de sus compañeros ya eran reconocidos en el ambiente literario, habían ganado premios y participado en algunos eventos de relevancia donde otras figuras, principalmente del modernismo, los llegaron a cobijar. La situación seducía al espíritu curioso del coahuilense, pero también le exigía estar a la par de sus compañeros más ilustrados. Por eso su dieta literaria fue en ese entonces de 250 páginas al día. Fue gracias a esa exigencia que a los autores que se discutían en las tertulias, se agregaron otros, donde el gusto personal se empezaba a fortalecer: Heine, Renard, Schwob; además, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, que fungieron como directores intelectuales del grupo que se formaba, dirigieron el interés de Torri hacia las letras inglesas, por eso autores como Lamb, Chesterton y Swift cruzan significativamente su obra: “estas lecturas le ayu-

daron a encontrar su propio camino: la prosa sin tacha, breve e imaginativa, humorística y poética” (García Morales, 1992: 177).

Si bien Torri no participó detrás del pódium en las dos series de conferencias que ofreció la Sociedad en sus primeros dos años, se encontró tras bambalinas en el homenaje de 1908 en honor a Gabino Barreda, figura responsable de instituir el positivismo en la educación mexicana y admirado por la juventud debido a los alcances de sus intervenciones en esta materia. También en el evento, Justo Sierra, guía y promotor de los jóvenes intelectuales, pronunció su discurso “Dudemos”, donde se cuestionaba la validez del positivismo como ideología única para la educación, lo que propició más adelante un cuestionamiento a más grande escala; por ejemplo, con la serie de siete conferencias de Antonio Caso que siguieron ese mismo año y versaban todas sobre el tema del positivismo.<sup>2</sup> Ahora bien, el discurso de

<sup>2</sup> Las conferencias, los temas que trataron y los ponentes que estuvieron a cargo se encuentran ampliamente estudiados en investigaciones clave sobre el Ateneo de la Juventud, como: *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (2000) *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud* (1999b) y *Ateneo de la*

Sierra y las conferencias de Caso fueron una clara señal para cuestionar y criticar abiertamente la filosofía positivista, pero también le indicaron al grupo que se había estado gestando desde las oficinas de *Savia Moderna* que era el momento propicio para consolidarse como una asociación con mayor incidencia en ámbito cultural mexicano.

Hacia finales de 1909, estos jóvenes que habían tomado las calles, se habían manifestado a favor de figuras intelectuales, como Gabino Barreda y Manuel Gutiérrez Nájera, y en contra de la ideología positivista como normativa gubernamental, se integraron formalmente en una asociación bajo el nombre de Ateneo de la Juventud, uno de los grupos más característicos en la cultura mexicana, que

representa un recodo de la historia de las ideas en México. No tiene los perfiles de las instituciones del coloniaje, ni las características de las agrupaciones del Porfiriato. Es el primer centro libre de cultura que nace entre el ocaso de la dictadura porfirista y el amanecer de la revo-

---

*Juventud (A-Z)* (2001) de Fernando Curiel; *El Ateneo de México* (1999) de Álvaro Matute y *El Ateneo de México* (1992) de Alfonso García Morales.

lución del 20 de noviembre. Tiene, por tanto, fisonomía propia: es el asilo de una nueva era de pensamiento en México [...] la forma una generación que se define a sí misma con perfiles propios (VV. AA., 2000: 357).

Torri es uno de los miembros fundadores de esta institución cuyo objetivo principal es la difusión del conocimiento por medio de sesiones públicas donde se presenten trabajos de los integrantes sobre ciencia, filosofía y literatura. Además de su carácter público otro de los objetivos sería tender una red intelectual que permitiera a la asociación extender el conocimiento y sus formas de pensar a toda Hispanoamérica. La constitución, así como los objetivos de esta empresa, deben haber seducido enormemente al joven Torri, sobre todo por la marcada vena intelectual que cruzaba todo el proyecto, una que estaba impregnada con un elitismo que terminaría por distinguir a la asociación misma. El coahuilense recuerda este periodo al dibujar una estampa de Henríquez Ureña:

Las sesiones de [el Ateneo de la Juventud] eran semanarias, los miércoles, en un salón de la Fa-

cultad de Jurisprudencia que nos proporcionaba el excelente don Pablo Macedo. Cenábamos después en alguna fonda a la moda, Bach o El León de Oro. Hablaban de todo, con sabiduría y finura espiritual, nuestros malogrados amigos Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Jesús T. Acevedo, Eduardo Colín y Mariano Silva; y otros que son honra y prez de nuestra intelectualidad como Alfonso Cravioto, Ángel Zárraga, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, el doctor González Martínez y Carlos González Peña. Entre tan competentes hombres de letras y nobles ingenios, Pedro intervenía en la conversación para mantenerla en su tensión y brillo, para llevarla a temas interesantes, para evitar que se despeñara por el derrumbadero de lo meramente anecdótico y trivial. [En] las veladas en la biblioteca de Antonio Caso [...] encontré siempre a mis amigos [...] y se trataron temas filosóficos. Una vez se hablaba del Fedón y de los argumentos de Sócrates sobre la inmortalidad del alma [...] otra noche se trató de si el Universo tiene un centro [...] otro día se habló de don Justo Sierra (Torri, 2011: 217).

El dominicano, por su lado, registra que desde antes de conformarse el grupo ya había

un ímpetu por la lectura y el cultivo de la inteligencia sin precedentes en la vida cultural mexicana o que al menos no se había dado de esa manera: “hemos organizado un programa de cuarenta lecturas que comprenden doce cantos épicos, seis tragedias, dos comedias, nueve diálogos, Hesíodo, himnos, odas, idilios y elegías, y otras cosas más con sus correspondientes comentarios (Müller, Murray, Ouvré, Pater, Bréal, Ruskin, etc.) y los vamos realizando con orden” (Reyes/Ureña, 1986: 18).

Esta forma de convivir atrajo al coahuilense, quien encontró figuras tutelares en Henríquez Ureña y Vasconcelos y compinches para las aventuras juveniles en Reyes y Silva y Aceves, con quienes, por ejemplo, se uniformaba con capa española para demostrar camaradería (Cf. Espejo, 1991: 116). Además, la diversidad de personalidades que confluían en la asociación daba pie a que las discusiones fueran más nutridas; sobre esto último María Elena Madrigal reflexiona que “El carácter del Ateneo es un fenómeno complejo que rebasa la posición de clase de sus integrantes por estar atravesado por fuertes contradicciones ideológicas y estéticas, a más de circunstancias sociales”, y prosigue: “si bien a los ateneístas correspondía

recibir el legado aristocrático del modernismo, el advenimiento de la Revolución y el inevitable devenir de las ideas propiciaron una serie de actitudes y acciones difíciles de ponderar de un tajo” (Madrigal, 2011: 85).

En efecto, en 1909, México estaba pasando por un convulso año en vísperas de las elecciones presidenciales, lo cual generaba un ambiente social y político del que la juventud no podía hacer caso omiso. Torri, en este momento, alterna la vida en la calle, la curiosidad propia de la edad, con el rigor del estudio que el grupo en ciernes y sus directores exigían. En su figura se pueden percibir los rasgos distintivos de una actitud finisecular más apegada a los escritores decadentistas, quienes hacían de la vida una obra de arte, y del grupo en el que se encontró participando a su llegada a la capital; es decir, “puede decirse que Torri es un producto acabado de la cultura de fin de siglo y del ambiente del Ateneo” (García Morales, 1992: 177). Antes, en abril de 1909, Torri ya hacía presencia en las manifestaciones políticas que había en la capital. Henríquez Ureña recuerda que, en un evento para la reelección de Díaz y la candidatura como vicepresidente de Ramón Corral, el de Coahuila dirigía los abucheos y

siseos desde la tribuna, junto a José R. Benítez y Silva y Aceves. De hecho, José Luis Martínez registra esa como la primera intervención pública del coahuilense en la capital mexicana (Reyes/Ureña, 1986: 142).

Las celebraciones del centenario de la Independencia, entrando el año de 1910, fueron motivo para que se ofrecieran otra serie de conferencias por parte del Ateneo. Torri tampoco figuró en ellas como expositor, pero sí como miembro del grupo que buscaba los permisos correspondientes para llevar a cabo los eventos. Las seis conferencias se publicaron a finales de 1910, comenzada la Revolución, y cuentan como el único libro colectivo editado por el grupo, el cual, además, se envió a distintos intelectuales de Hispanoamérica, Europa y Estados Unidos (Cf. García Morales, 1992: 1975). Ese año Porfirio Díaz fue reelegido y la Revolución armada dio inicio. Pero más significativa, por lo menos en la vida de Torri, fue la fundación de la Escuela Nacional de Altos Estudios y de la Universidad Nacional, empresa que Justo Sierra había proyectado décadas atrás y que por fin veía realizada.

La formación de estas dos instituciones repercutió en la vida del coahuilense porque

dedicó buena parte de ésta a la labor docente y administrativa en ellas; además, la Escuela de Altos Estudios después se convirtió en la Facultad de Filosofía y Letras, la cual le otorgó el grado de doctor. Lo cierto es que en ambas empresas el grupo del Ateneo se vio profundamente involucrado; si bien la Escuela de Altos Estudios nunca abarcó todas las ramas del conocimiento como originalmente se tenía planeado, la intervención de los jóvenes permitió que el proyecto antipositivista —reducido a la enseñanza de filosofía— se ampliara a otras áreas, como la historia, las letras y las lenguas modernas, la “formación de profesores en cada uno de esos campos de las humanidades dio un peso muy importante a las ciencias y psicología de la educación”, fundamentales en la visión ateneísta para el desarrollo cultural mexicano (Cf. Cano, 2008: 543).

La Revolución tuvo un impacto severo en los jóvenes del Ateneo, pero mientras todos se inmiscuían o se dejaban llevar por la estela de violencia y tensión política de la revuelta, Torri permaneció al margen, casi nunca dando motivos para llamar la atención, ocupando empleos que se abrían aquí y allá que le permitían pagar las cuentas. Años después declaró que

“en el fondo... fui muy indiferente. La demagogia siempre me ha afectado poco. Las cosas políticas no me han afectado mucho” (Espejo, 1991: 117).

En el año del estallido armado, Reyes a la edad de veintiún años publicaba en París su libro *Cuestiones estéticas*, uno de sus títulos más celebrados,<sup>3</sup> y Torri hacía su debut literario en la capital con una colaboración para *El Mundo Ilustrado*, intitulada “El diálogo de los libros”, donde expresa una de las inquietudes que más lo acosaron y que explotó con mayor ahínco en sus textos:

Alguna vez pensé lo que dirían entre sí los libros, que formando parte de una misma obra y tras larga separación, se vuelven a encontrar al acaso.

<sup>3</sup> Torri le dedica unas líneas a este libro hacia mediados de 1911: “Es de notarse que cuando nos disponemos a vivir una era de paz firmemente cimentada en el pleno ejercicio de nuestros derechos políticos, sale a la plaza del vulgo –como en lo antiguo se decía– este libro tan cargado de sustanciosa doctrina, como bien acabado y sabiamente compuesto. Algún viejo lector de Taine [...] diría que para las letras mexicanas comienza ahora, al mismo tiempo que para la Patria, uno de sus más brillantes periodos; y diría bien: porque este libro es uno de los primeros frutos –y de los mejor sazonados, por cierto– de una vigorosa generación intelectual” (Torri, 2011: 261).

[...] acabé por creer que era natural y verosímil que los libros conversasen entre sí, y aun me hubiera matado con quien lo contrario dijese. En esta disposición de ánimo no debe parecer raro que se escuchen diálogos de libros (Torri, 2011: 246).

Por otro lado, la búsqueda de solvencia económica, como le contaba a Reyes en una carta de 1911, se había vuelto urgente debido a la decisión del coahuilense de decantarse por una vida que no era la que su familia esperaba:

No se equivoca Ud. al suponer que quiero mantenerme y vivir por cuenta propia; mi padre, reprochándome un día que miraba más por los clásicos españoles que por los libros de texto, me amenazó, sin querer, con retirarme su apoyo y ayuda; después ha procurado hacerme olvidar sus palabras, pero yo creo que no es decoroso para mí el seguir viviendo de su dinero. Por eso le ruego me ayude a conseguir cualquier cosa que me baste para proveer a mis gastos indispensables (Torri, 1995: 29).

En la misma misiva, Torri recuerda una plática con Reyes en la que éste condena a los

escritores de la generación anterior “que nada aptos para la vida y comidos de abominables vicios de castradores de puercos, han sido los autores de los enojos y disgustos que nuestros padres reciben cuando nos sorprenden escribiendo versos o estudiando clásicos” (29). Tal vez por eso una de las principales preocupaciones del grupo ateneísta fue reformular el papel del escritor ante la opinión pública, para lo cual optaron por configurar su identidad como intelectuales comprometidos con el desarrollo social —quizás siguiendo la visión del intelectual que se formó a finales del siglo XIX con el caso Dreyfus—. Torri supo balancear, como muchos de sus compañeros, la juerga y el estudio, pero siempre con una discreción obsesiva para mantener oculta la primera del ojo público. Por otro lado, la búsqueda de independencia económica tendría consecuencias irreversibles en su vida, pero ante la adversidad producida por dicha decisión, declaraba con firmeza en la misma epístola: “Quiero además con esto comprar mi libertad espiritual al precio de mi esclavitud material” (29).

La carta la escribió Torri desde Torreón, cuando visitaba a su familia en el periodo vacacional, estudiaba latín y traducía a Oscar Wil-

de, placeres, los del estudio de otras lenguas y la traducción, que mantuvo y ejercitó toda la vida. Reyes le escribía de regreso: “Le aconsejo que ya se vuelva. Avísele a su papá que en este mes se cierran las inscripciones. Aquí arreglaremos lo que Ud. Desea” (30). Hablaba de él mismo y de Mariano Silva y Aceves, y del trabajo que ellos le podían procurar así como de un cuarto que se encontraba cercano al que alquilaba Henríquez Ureña.

Entrando el año, con Torri de regreso en la capital, comenzó lo que parece ser una fotografía continua de su vida: dificultades financieras y trabajos burocráticos mezclados con la docencia. El blanco y negro de una estampa que en este periodo registraba un cuarto ruinoso de una casa ubicada en la calle Isabel la Católica número 31 y un primer empleo en el Departamento de Comercio de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, donde se le pagaba un sueldo de treinta pesos por hacer traducciones. Paralelamente, mandaba colaboraciones esporádicas a los periódicos, dinámica que nunca abandonó. La literatura no como obligación, no como profesión, sino como una forma de escape, como capricho in-

telectual de un escritor que es consumido por la cotidianidad.

En este periodo, destaca su segunda colaboración en *El Mundo Ilustrado*, “Diálogo de los murmuradores”, que evidencia una manera de reflexionar sobre la escritura y la lectura que parece va madurando: “creo firmemente que en todo buen libro debe haber uno o dos hombres faltos de razón, por boca de los cuales pueda el autor liberarse del cargamento de ideas sutiles y finas que le traigan imaginativo y caído de ánimo” (Torri, 2011: 252-253); pero también proyecta una manera de concebir la escritura como un proceso íntimo, alejado de la aprobación pública, porque ésta, a final de cuentas, la condiciona y limita hasta dejarla estéril:

Eulalio.- Severamente: sólo los hombres vanos como tú, Crisóstomo, pueden emplear su vida en cavilar sobre la estimación que los demás les tengan. Te preocupas demasiado de nosotros y el estrecho círculo que te rodea; y por esta razón lo que escribes parece cosa efímera y pasajera. Me explicaré mejor: cuando nos sentamos a componer algo, influyen de modo directo en nosotros las personas cuya aprobación nos representamos mereciendo. Los autores pedestres

y vulgares tienen, ante su mesa de trabajo, la cara torpe de algún necio para quien escriben sus libros. [...] Si al escribir necesitamos pensar en nuestro público, que éste sea el más sabio y el más discreto que podamos imaginar, a fin de que nuestros libros no salgan deliberadamente frívolos como los que para el vulgo se aderezan. [...] En fin, Crisóstomo, se debe escribir en vista de la eternidad (Torri, 2015: 253-254).

Una visión que más adelante se va a concretar como una obsesión por la pulcritud, por la frase adecuada, por el desprecio hacia el fárrago estéril que abunda en palabras pero a menudo carece de contenido.

Con Porfirio Díaz todavía en la silla presidencial, las amistades que Torri había comenzado unos años antes se había afianzado con las experiencias y lecturas compartidas, sobre todo con Alfonso Reyes, con quien compartió esa visión que los separó claramente de sus predecesores literarios. Reyes, más apegado al rigor que promulgaba Henríquez Ureña, siempre llamó a sus compañeros al cultivo intelectual y, aunque no denostó, como el dominicano, el libertinaje, siempre fue moderado respecto a los excesos que pudieran perjudicar el desarro-

llo humano, régimen en el que se encontraron sumergidos los ateneístas y en el que Torri ya encontraba, más que amistades juveniles, un reconocimiento y una complicidad bastante sólidas. Torri hizo una analogía de esto en “La balada de las hojas más altas”, pero años antes, en abril de 1911, Reyes ya esbozaba las características que los distanciaban respecto a sus predecesores y los hacía un grupo con una visión donde el intelecto se postulaba como el elemento central con el cual podían ganar en la palestra cultural mexicana:

Julio: Los minúsculos-de-la-sombra se encuentran a media noche, tocan tristemente el cuerno y se reconocen. A media noche se juntan sin decirlo a nadie y se dicen que quieren cantar como los pajaritos debajo de los arbolitos en el jardín de la casa de sus papaítos. A medio día, los grandes-en-la-obra cantan, dan con los martillos y se fatigan llenos de risa. Los minúsculos-de-la-sombra a nadie le confiesan que se han comprendido a media noche, pero los grandes-en-la-obra cantan a medio día como las cigarras, dan con los mazos y se fatigan llenos de risa: así ganan su pan y sus versos. Los minúsculos-en-la-sombra están leyendo juntos y sin decirlo a nadie los

libros admirables, porque quieren ponerse de acuerdo con los ratones para roer el sol. Esto es lo que llama el Nuevo Canto de Zaratustra, tu amigo siempre o nunca (Reyes *apud* Torri, 1995: 34).

Ahora bien, si al escritor de *Ensayos críticos* lo vio como un maestro y al de *Cuestiones estéticas* como a un hermano, ambos fueron parte del *happy few* al que Torri se referirá como un grupo selecto, íntimo, de relaciones intelectuales y fraternales que pervivieron a pesar de los incidentes y acontecimientos turbulentos que comenzaron en la segunda década del siglo xx, en la que varios de los ateneístas perdieron familiares o se vieron orillados a abandonar el país o a tomar partido por alguna de las facciones políticas que se disputaban el poder. Un grupo que, además, apoyó al coahuilense económicamente por medio de recomendaciones o puestos de trabajo, cuando tuvieron la oportunidad para ofrecerlos. En este sentido, más que la cofradía que fue el Ateneo de la Juventud, la Revolución hizo palpable aquellos amigos indispensables, el *happy few* con los que el escritor siempre pudo contar tanto en la literatura como en la vida.

Torri cerró el año de 1911 como ayudante de bibliotecario en la Escuela Nacional de Altos Estudios, con un sueldo mejor que el que recibía en Hacienda; sin embargo, la remuneración la gastó en la renta de una casa junto a la de Reyes, que el coahuilense obtuvo con Henríquez Ureña, en la colonia Santa María, y una de sus debilidades materiales más evidentes: los libros.

1912 transcurre de una manera fugaz, los miembros del Ateneo de la Juventud cambian su nombre a Ateneo de México, gesto que implicaba un llamado a la seriedad de su organización. El compromiso de los miembros, más allá de la Universidad Nacional y la Escuela de Altos Estudios se palpó en un proyecto propio, que seguía la prerrogativa de los estatutos con los que se fundaron en 1909: la Universidad Popular Mexicana. Los ateneístas ya gozaban del prestigio intelectual para emprender una tarea de esta magnitud, lo que era de suma importancia porque la UPN estaba enfocada a enseñar a los adultos que no tenían oportunidad o se encontraban en dificultad para acceder a la educación. Su principal objetivo era llevar la cultura al pueblo. Es decir, fungir, en sentido rodoniano, como guías de las masas. La em-

presa, en la cual Torri participó activamente, no tenía afanes de lucro, era laica y fomentaba la crítica al positivismo instaurado en otras instituciones oficiales. Los profesores no recibían sueldo, pero a pesar de ello, la universidad se mantuvo, incluso con los altibajos traídos por la revuelta armada, por casi una década.

Fue el año de 1913 el que implicó cambios radicales en la vida del escritor de *Tres libros*; tras la muerte de Bernardo Reyes en la Decena trágica, su compañero más íntimo se exilió en Europa para unirse a la Legación de México en Francia. Torri se mantuvo en contacto con Reyes de manera epistolar, una forma que le sirvió para verter las frustraciones de los acontecimientos cotidianos que lo agobiaban, pero también para consolidar una amistad, donde la recomendación de lecturas y los destellos de creatividad mezclados con los guiños de camaradería jugaron un papel fundamental. Ese año también obtuvo el título de abogado con la tesis *Breves consideraciones sobre el juicio verbal*; “me recibí (el sábado 25 de octubre) [...] Caso no fue, a causa, según sospecho, de alguna aventura de las muchas en que anda ahora metido hasta el pescuezo. Hubo mucha pedantería, socialismo y abrazos [...] lo principal ha

sido que me recibí ya, lo que yo mismo no creí, pues me había vuelto muy perezoso, irremediablemente” (Torri, 1995: 40).

Torri no persiguió la carrera de abogado, aunque trabajó en un despacho algunos meses. Para ese entonces ya se había decidido por una vida entregada al estudio, a la inteligencia, al asombro de las letras universales, y los trabajos prosaicos que esa decisión implicaba. También, el conflicto bélico fue mermando el campo literario, que parecía entrar en una especie de crisis de producción desde la perspectiva del coahuilense. Por eso no debe de extrañar que en esos años declarara: “la literatura mexicana sigue bien de promesas: muchos pujos, sudores y ni una línea. Tus amigos seguimos muy inteligentes, muy *dilettanti*, y muy estériles” (Torri, 1995: 41).

Torri, como Henríquez Ureña en sus “Días alciónicos” o Reyes en “Nosotros”, siempre apeló a ese pasado casi inmediato en el que se conocieron, esos momentos que parecen, por un momento, ser productos sólo de la imaginación y en los que compartieron sonrisas, lecturas y aspavientos: “Continuamos admirándonos mucho y nos separamos unos de otros

siempre con la convicción de haber asistido a una entrevista histórica y memorable” (41).

La melancolía se apoderó de Torri ante la ausencia de su mejor amigo. También lo atosigó el deseo de escapar, de viajar, ya fuera a Europa, Estados Unidos o Sudamérica. Su sueño era pasar las experiencias de la tinta a la vida. El viaje para Torri fue algo que se postergó demasiado y, cuando por fin lo pudo hacer, el sentido del mismo ya no tuvo el valor que poseía a los veinte años, como cuando sus contemporáneos lo emprendieron, en una juventud todavía maleable.

El magisterio de Henríquez Ureña, “más exigente con uno, tratando de imponerle mil obligaciones incómodas y gratuitas, y sin ningún miramiento [para su] pereza tan literaria y tan estimable” (41), sin Reyes como intermediario, producía un eco estéril en los oídos de Torri, que se decantaba por la vida frugal que le ofrecía el arrabal a un lado de Mariano Silva y Aceves y Jesús T. Acevedo, compañeros de una juerga sorda y censurada por los “altos mandos” del Ateneo.

La amistad con Acevedo le mereció el puesto de secretario particular cuando el arquitecto asumió el cargo de Director de Co-

reos en el periodo huertista. En este tiempo, la Escuela Nacional Preparatoria lo aceptó como parte del cuerpo docente, puesto que mantuvo durante 36 años; a la par, gracias a Henríquez Ureña, le ofrecieron impartir como profesor adjunto en la Escuela de Altos Estudios la clase de Lengua y Literatura Castellanas (la cual no le pagarán hasta 1920), además de que en la Universidad Nacional comenzó una carrera entre cátedras y cargos variados que se prolongó por 50 años (Cf. Espejo, 1991: 118-119). Una vez más se superponen el trabajo burocrático, la docencia y la vida en silencio de la picardía, todas solapadas por esas amistades cercanas.

Los cambios en el poder hicieron que los trabajos burocráticos en los que se inmiscuyó fueran breves e intermitentes; la docencia mal remunerada fue la única constancia. En otra misiva a Reyes, fechada en marzo de 1914, el escritor de “Diálogo de libros” habla sobre su primera experiencia a cargo de un aula:

Soy profesor, desde hace un mes, en la Preparatoria. Ya he recibido el bautismo de sangre (persona), o sea el primer gisazo. Urbina y Pedro creen que soy un buen profesor. (Yo tam-

bién.) Tengo cuarenta discípulos, y en materia de todas las cosas, están en blanco. De luchar porque aprendan que el castellano no proviene del latín clásico, ni el alejandrino del francés [...] he adquirido un horrible énfasis, y he perdido, tal vez para siempre, el dominio de mi tono medio (Torri, 1995: 63).

Los compañeros que hizo en esos primeros años en la capital siempre encontraron la forma para que el joven coahuilense pudiera recibir un sueldo. En esta época de altibajos Torri, seducido por la política, pensó incluso en ocupar un curul, pero los trabajos de alto vuelo le rehuyeron siempre. Es un “extranjero en sus propias tierras”, como el mismo se define. Sin embargo, a pesar de las múltiples peripecias en las que se vio inmiscuido, siempre encontró cobijo en sus amistades.

La cotidianidad no impidió que Torri escribiera, aunque lo hiciera esporádicamente, en periódicos como *El Universal*, *El Heraldo de México* y *El Nacional*; y colaborara en algunas de las revistas que trazan en cierta manera el desarrollo de las letras mexicanas, como *Nosotros*, *Argos*, *Revista de Revistas*, *La Nave*, *Vida Moderna*, *Pegaso*, *México Moderno*, *El Maestro*,

*Zig-Zag, Antena, La Antorcha, La Falange, La Pajarita de Papel, Ulises, Contemporáneos, Examen, Número*, etc. En estas páginas dispersas se pueden encontrar textos que parecen ser pruebas estilísticas, búsquedas de una voz que todavía no tiene un tono propio, pero que se va sazónando lentamente a fuerza de las condiciones que el mismo Torri va ir sorteando con los años. Un búsqueda lenta, persistente, que se irá afinando hasta el punto de una aparente improductividad. Esterilidad literaria que contrarrestó con un trabajo descomunal desde la editorial Cvltura, de 1916 a 1923, junto con Agustín Loera y Chávez, y entrando la tercera década del siglo, desde las editoriales de la Universidad y la Secretaría de Educación Pública. Al coahuilense debemos numerosas traducciones, pero también el atino de escoger títulos de autores de renombre y contribuir para poner la literatura universal al alcance del público mexicano. Cada vez que encontremos uno de esos libros verdes, de la colección Los Clásicos, que aparecen en los anaqueles heredados o en las pilas de las librerías de viejo, deberíamos pensar que el proyecto vasconcelista se llevó a cabo con gran éxito gracias al trabajo

de personas como Julio Torri, una figura que se desenvolvió tras bambalinas.

Justo por esta forma de concebir la literatura es que su producción fue escasa. En 1917 publicó *Ensayos y poemas*, más por presión de sus compañeros que por gusto propio. La oportunidad no pudo ser mejor en un periodo tan inestable; la revista *La Nave*, una “aventura de seriedad” como Torri estipuló, naufragó después de su primer número, lo que dejó a Pablo Martínez del Río con un exceso de papel de buena calidad que fue aprovechado por el coahuilense, a un costo muy bajo, para la impresión de su libro. Antes de la publicación Torri le comentaba a Reyes:

Yo te enviaré tal vez dentro de una semana o dos semanas, mi primer libro, mi libro-promesa; mi libro-arrepentimiento-eterno, que se llamará *Ensayos y poemas*. Muchos de los Cornelios Nepotes y Osos que van en esta carreta son ya conocidos tuyos. Lo demás es *snobismo*-literario, viejos guijarros comidos del orín, etcétera, etcétera. Piedad, y júrame amistad por encima de todo (Torri, 1995, 84).

La primera edición estuvo bajo el cuidado de Genaro Estrada y fue una recopilación de los textos que había escrito aquí y allá desde su debut literario en la capital. Un libro, como recuerda en entrevista con Emmanuel Carballo, que “se reciente de lecturas muy próximas de Jules Laforgue y de Arthur Rimbaud, a quienes cito o recuerdo en los epígrafes” (Torri *apud* Carballo, 1986: 173). Sin embargo, a la distancia, el coahuilense pensaba que el libro no fue bien comprendido, aunque sus compañeros, sobre todo Reyes, lo elogiaron continuamente en forma privada. Lo cierto es que no llevó a la fama, y el reconocimiento se quedó, por el momento, con el *happy few* que era capaz de entender la profundidad y los guiños de su propuesta.

El siguiente año Torri hizo una selección de algunos textos de *Ensayos y poemas* para mandar a San José, Costa Rica, y publicar una versión abreviada bajo el título *Ensayos y fantasías*. La segunda edición de su primer libro vio la luz en 1937. Tres años después, en 1940, con cubierta de Ramón Gaya, publicado por La Casa de España, apareció su segundo libro, *De fusilamientos*. Es decir que pasaron 23 años entre su primer y segundo libro. El silencio de la

obra torriana se cuenta en décadas. Sin embargo, Carballo anota que “si en *Ensayos y poemas* era un escritor maduro, dueño de su estilo, de una manera de mirar (o sea una manera de estructurar sus textos) y de una manera de vivir, en *De fusilamientos* apenas se permitió corregir vida y obra”; continua el crítico afirmando que “uno y otro son, desde los puntos de vista de la experiencia vital y los problemas de la creación artística, el mismo libro” (Carballo, 1986: 181). Sin embargo, *De fusilamientos* fue mejor apreciado que esa empresa primera. Guillermo Sheridan explica:

*De fusilamientos* pertenece a la rara, venerada categoría de los *libritos* que, a fuerza de grandeza, se apropian de ese diminutivo, uno que se adjudica sólo desde la reverencia. Pertenece nuestro librito a esa familia providencialmente disfuncional de la escritura en migajas: una progenie que, en esta obra de Torri, delata su parentela hasta aparecer como un álbum de familia: el Nietzsche de *Más allá del bien y el mal*, el Aloysius Bertrand del *Gaspar de la nuit*, el Baudelaire del *Spleen de Paris* o de los *Fusées*... Autores de la polimorfa especie escritural que van del brevísimo relato al aforismo, de la ocurrencia al

*tableautin*, cuyas bengalas provocan un número de emociones inversamente proporcional a la cantidad de palabras utilizadas; escritores inclasificables que se sienten a gusto en el híbrido mundo de miscelánea (2011: 42).

Esta forma de escribir tan particular no pasó desapercibida por los alumnos de Torri, quienes encontraron un contraste sorprendente entre el profesor con pocas habilidades didácticas y aquel autor seductor. José Emilio Pacheco recuerda que “alguien consiguió un ejemplar de su libro [...] Pasó de mano en mano. Nos quedamos asombrados de que los escritores no se parezcan a lo que escriben: el silencio en la página le daba a Julio Torri la libertad y la fluidez que le negaba el peso abrumador de la mirada ajena” (1989: 56).

En 1945, el PEN club de México publicó su tercer libro, *Sentencias y lugares comunes*, el cual pasó casi desapercibido para la crítica, pero veinte años después se reeditó con prólogo de Francisco Monterde. Es hasta 1964, con *Tres libros* —que recoge *Ensayos y poemas*, *De fusilamientos* y *Prosas dispersas*—, cuando Torri por fin se consagra como un escritor de renombre. El libro lo cuidó el propio Torri junto a Ali

Chumacero. Pacheco recuerda que cuando apareció a la venta este compendio “Torri se convirtió en un clásico. Seis años disfrutó de este reconocimiento. Murió en 1970, poco antes de cumplir 81 años. La resonancia de su obra ha sido todavía mayor en la nueva generación que ha elogiado a Torri como a ningún otro miembro del Ateneo de la Juventud” (Pacheco, 1989: 56).

La vida de Torri fue de una cotidianidad abrumadora, pero encontró en las amistades tempranas el respaldo y el aliento para mantenerse firme en su ideal respecto a la literatura. Escribió buscando la sonrisa de esos primeros cómplices, el *happy few*, con los que tuvo secretas afinidades y compartió experiencias y confidencias, pero su escritura trascendió y hoy seduce, por medio de una enigmática universalidad, cada vez más, a nuevos adeptos, peregrinos de la literatura que encuentran en los textos torrianos una declaración íntima de los gustos del escritor, pero también tropiezan con un reconocimiento, un espejo que regresa un guiño, una complicidad.



## La sonrisa y el silencio

*Un niño, por el hecho de perderse,  
se asoma al porvenir y se convierte  
en el único personaje con quien la  
calle puede enviar sus mensajes a  
los hombres...*

MARIANO SILVA Y ACEVES

OBSERVAR ES UN PASATIEMPO QUE REQUIERE cierto carácter. Mirar con atención y recato una escena y hallar en los detalles, ocultos a los demás por las prisas, una armonía, un destello, un gesto que provoque una sonrisa es un arte que se encuentra por desaparecer. Una paleta de colores desplegada en las fachadas de las casas, las arrugas de una persona mayor que ríe o un roce de manos que delata un amorío, son

ejemplos de la satisfacción que se encuentra en el reconocimiento, en el hallazgo, de un detalle que engloba una significación mayor, intuiciones, como dice Torri, que se encuentran incluso en lo trivial o mundano. Observar también es perderse, alejarse de lo que los demás perciben para encontrar la quintaesencia que se encuentra tras el velo de lo habitual.

En la literatura el que observa no es diferente, puede establecer conexiones entre diferentes títulos o escritores, o distinguir relaciones que para el ojo poco entrenado suelen pasar desapercibidas. El escritor perspicaz se decanta por la opción de su preferencia, el género que más le acomoda para expresar aquello que considera de valía. Torri escogió la literatura, híbrida, breve, humorística, porque son los elementos que mejor le sirvieron para sugerir una lectura. Porque Torri no pretendía abarcarlo todo o dejar las letras sin un espacio para la interpretación; prefirió el juego, el guiño, el esbozo lírico que señala veredas y no el camino principal.

Tal vez por eso la escritura del coahuilense ha ido añejándose bien con el transcurrir de las décadas, su lectura ágil se amolda con gracia a un mundo donde la brevedad se presenta como

un valor que la sociedad, sujeta a la velocidad, suele apreciar en demasía. Lo curioso es que a la mayoría de los lectores les pasan desapercibidos la seriedad y el trabajo que soportan los pequeños textos de Torri, los cuales, además, inauguraron una tendencia literaria cultivada por escritores como Juan José Arreola, Javier Perucho o Augusto Monterroso. Sin embargo, esta omisión sólo ocurre con el público general, pues en los estudios “de cuentos breves, ultracortos, vertiginosos, microrrelatos, casi siempre, se reconoce en Torri al precursor, el pionero” (Zaitzeff, 2004: VII), y en un esquema general se le ha colocado, en las últimas décadas, como un escritor fundamental en la historia de la literatura mexicana.

Se podría justificar el retraso de este encumbramiento porque hasta hace no mucho tiempo se consideraba el texto corto como de “segunda clase o inferior”. Sin embargo, aquellos que se acercan a observar el mecanismo de la propuesta torriana encuentran que los elementos que se ponen en juego para su funcionamiento no son gratuitos ni sencillos. La brevedad característica de Torri implica una reflexión y un trabajo minucioso que en algunos casos se prolongó por muchos años; del

mismo modo, indica inspiración y creatividad, pero más que nada una manera de posicionarse frente al mundo para expresarlo de una manera condensada, pues “en vez de intentar captarlo todo en una vasta obra llena de detalles, descripciones y explicaciones, el miniaturista se limita a sugerir, a aludir con un mínimo de recursos” (Zaitzeff, 2004: VII). Este proceso, para Serge I. Zaitzeff, se puede comparar a lo que pasa en las artes plásticas al establecer la diferencia entre el “dibujo de un Picasso, realizado con unos cuantos trazos, y el cuadro rico en colores, personajes y símbolos de un Velázquez”, o bien en el terreno de la música cuando comparamos “la expresión aparentemente sencilla de un nocturno de Chopin y la textura compleja de una sinfonía de Beethoven” (VII).

Del mismo modo que Picasso conoció a la perfección varios géneros de pintura antes de desarrollar su estilo, Torri fue un versado en la tradición literaria y su estilo se encuentra en una búsqueda continua de la máxima determinación, por eso todos los elementos que interactúan en sus textos están destinados a crear efectos diversos o uno solo que se alcanza por distintas vías; cada elemento en el estilo torriano, por sencillo o trivial que parezca, es escogi-

do con un fin determinado. Además, el coahuilense reflexionó de manera continua sobre el proceso de escritura, el resultado fueron textos metaliterarios que condensan la visión que el escritor tenía de la literatura misma. En las ideas de Torri sobre el epígrafe, por ejemplo, se plasma de manera concreta la convicción de que nada es gratuito en la configuración de un texto; en su caso, lo que muchas veces puede parecer desinterés o descuido, ha sido meditado con consciencia, escrito y revisado repetidas veces antes de ser dado a conocer a cualquier público:

El epígrafe se refiere pocas veces de manera clara y directa al texto que exorna; se justifica, pues, por la necesidad de expresar relaciones sutiles de las cosas. [...] Tiene aire de familia con las alusiones más remotas, y su naturaleza es más tenue que la luz de las estrellas.

A veces no es signo de relaciones, ni siquiera lejanas y quebradizas, sino mera obra del capricho, relampagueo dionisiaco, misteriosa comunicación inmediata con la realidad.

El epígrafe es como una lejana nota consonante de nuestra emoción. Algo vibra, como

la cuerda de un clavicordio a nuestra voz, en el tiempo pasado (Torri, 2011: 102).

La idea de mutilar un texto, extraer quirúrgicamente una frase o un párrafo, para hilarlo de alguna manera con otros, en lo que parecería ser de manera caprichosa, responde a una forma de ingenio, donde “un acto voluntario de la mente, o un ejercicio de la invención, que muestra lo absurdo y lúdico conscientemente, [y] las referencias cruzadas” se producen de manera reflexionada, pues buscan iluminar una relación que a primera vista no es perceptible, ya que “más refinado y efectivo es el ingenio que se basa en la detección de un parecido inesperado o de la distinción en las cosas, más que en las palabras [...] el pensamiento sugerido más complejo y satisfactorio por ser inherente de las cosas mismas” (Hazlitt, 2002: 87).

Además el fragmento, en este caso el epígrafe, no tiene autonomía como género, su existencia como tal se encuentra en dependencia de la relación en la que se pone en juego con una intención “totalizadora, explícita o implícita” (Saer *apud* Corral, 1996: 474), es decir, el fragmento es, pero dice más de lo que es, sugiere una relación con aquello de lo que se

desprende; el silencio, en este sentido, es la forma lúdica de enunciar lo omitido.

Tan sólo en *Ensayos y poemas*, su primer libro, Torri utiliza los epígrafes para mostrar sus afinidades literarias y para enlazar lo escrito con algunos textos y autores por los que tiene inclinación; por ejemplo, utiliza un epígrafe de Shakespeare en “El maestro” para evocar la tragedia del *Rey Lear*; en “La oposición del temperamento oratorio y artístico” uno de Shaw que corresponde a la obra de teatro *Overruled*, que el irlandés escribió en 1912, pero publicó en 1916 —esto muestra la actualidad de las lecturas del coahuilense—; otro más del conde Villiers de L’Isle Adam que es un extracto de “Véra” un relato incluido en su libro *Cuentos Cruels* (1883) donde se narra la relación paranormal entre dos amantes, y la necesidad del héroe de recomponer, con el poder del amor y el deseo, la imagen y presencia de la amada que murió; en “Beati qui perdunt...!” hay uno del Archipreste de Hita que es un extracto de *El libro del buen amor*, uno de los textos fundamentales para el coahuilense, y otros de Baudelaire, Rimbaud, Grahame.

Sin embargo, Torri se vale de otras formas fragmentarias en sus textos —la cita, la parodia,

la referencia, la alusión, etc.— con el fin de llevar al lector, por medio de estos guiños, a otros mundos u otros planos, para que lo que se dice se complemente y se comprenda, pues es ahí, justo en el nexo entre ambas realidades (literarias, históricas o filosóficas) donde el escritor encuentra a su cómplice.

Por eso el fragmento es una forma de enunciar pero también de eludir, pues al mismo tiempo que abre la posibilidad de la lectura es una forma de condicionarla. Aquí el elitismo intelectual cobra sentido, pues es la moneda de cambio para proseguir e indagar en el silencio de lo escrito.

Ahora bien, la escritura torriana se distingue por sortear toda forma de clasificación; tal vez porque prefiere la audacia que proviene de poner en juego colores de paletas distintas, técnicas que corresponden a diferentes métodos o lenguajes que parecen contradecir lo dicho y lo sugerido. Son formas lúdicas que le permiten al coahuilense brincar del poema en prosa al ensayo, de la minificción a la viñeta, porque más que atenerse a las reglas composicionales, utiliza éstas para desarrollar un pensamiento, una idea que está al servicio de una insólita voluntad estilística: decir más con menos.

Bajo esta premisa se entiende el gusto del escritor *De fusilamientos* por el humorismo y el fragmento, por la depuración obsesiva y por la responsabilidad que el escritor exige del lector, porque “por lo visto, el autor cuenta con un lector que ha leído y sabe leer”, el ingenio que utiliza en la configuración de sus textos busca, tiente, como se ha visto en el apartado anterior, a una especie de *happy few*, sobre todo porque,

sin duda, su arte se dirige a minorías capaces de cooperar con el autor en el proceso de interpretar cada palabra de esas miniaturas compactas que requieren más de una lectura. Su breve extensión permite y estimula, precisamente, la relectura y el examen minucioso de cada frase. En otras palabras, Torri espera del lector la misma dedicación que exige del escritor (Zaitzeff, 2004: IX).

También por eso, cada lectura de la obra torriana arroja un nuevo hallazgo o un guiño que antes había pasado desapercibido o era ignorado; la lectura, como la escritura, con el tiempo se van afinando.

Por ello no extraña la relación entre la escritura del autor de *Sentencias y lugares comunes*

y los conceptistas del Siglo de Oro, a quienes Torri conocía profundamente, pues para ellos la brevedad, más que un asunto de mera extensión, abarcaba la pulcritud y el ingenio que ponían en juego las múltiples operaciones de condensación semántica y síntesis expresiva, responsables del cariz de provocativa incompletitud (Cf. Tomassini, 1996: 1). Un texto, a partir de este principio, no necesariamente debe ser corto, sino que debe concebirse “el soporte sobre el cual se erige una apretada construcción especulativa, un vertiginoso juego verbal [...] donde prevalecen elementos pictórico-descriptivos de acusada sugestividad” (1996: 12).

La correlación se va estableciendo entre elementos y su utilidad para propiciar la brevedad, pues ésta es un ejercicio de profundidad en que la palabra es obligada a ceñirse a un mínimo desarrollo discursivo capaz de provocar una experiencia contemplativa o una actividad reflexiva ilimitadas, proceso que en otrora fuera llamado *concepto* por Baltasar Gracián y definido como “un acto del entendimiento, que exprime la correspondencia que se halla entre los objetos” (1996: 33).

Lo anterior pone en tela de juicio aquel convencimiento social que relaciona la brevedad con la facilidad, pues la brevedad se puede construir también a partir de elementos que son engañosos o pretenden convencer de su facilidad cuando en realidad ocultan una idea más profunda.

Esta última postura estaría emparentada con la propuesta del *happy few* o lector ideal torrianos, pues en realidad el concepto “tiene una estructura lacunaria, elíptica y se destina a una élite capaz de colmar sus vacíos, y que debe poseer en teoría una cultura sin límites” (Blanco, 1988: 32). Sin embargo, otra postura justificaría en cierto modo el porqué la propuesta torriana no pierde su actualidad, y los nuevos lectores encuentran una manera de relacionarse, a pesar de la distancia, con lo escrito y aludido; escribe Mercedes Blanco: “si se reduce al mínimo el número de signos no es principalmente para reservar la lectura del texto a una minoría docta, sino para preservar una ambigüedad, una multiplicidad de significados que deje abierta una posibilidad incesante de desplazamiento”, lo que significaría que “cuanto más incompletos y fragmentarios sean los componentes del signo, más oportuno será ir

a buscar en el contexto remoto lo que pueda completarlos” (Blanco, 1988: 32). Tal vez por eso, como los conceptistas, Torri parece oscilar sin cesar entre la gravedad de un sentido “místico” y la ligereza del chiste.

Y justo por esa relación entre lo serio y lo cómico, el humorismo es otro de los rasgos más distintivos de la escritura torriana. El humorismo utiliza lo cómico como envoltorio de algo más profundo, pues mientras el único propósito de lo cómico es la hilaridad por medio de una degradación de valor y una contradicción, el humorismo tiene como propósito la crítica o la reflexión. El humorismo es un tipo específico de lo cómico, pero también es una transformación de éste.

Además, el humorismo es característico de aquel que observa la vida, que penetra en la cotidianidad que otros ignoran o evitan, el voyerista desencantado que apunta Beatriz Espejo y que Torri esboza con presteza: “Fuera de un cuadro un melancólico, la cara negra de sombra bajo el puntiagudo sombrero, herido de amorosas penas tasca desdenes y medita en insolubles enigmas. La tarde divina armoniza sus querellosas preocupaciones” (Torri, 2011: 155). Porque el coahuilense estaba seguro de la

correspondencia entre el humorismo y la melancolía, pues “La melancolía es color complementario de la ironía” (161). Lo cierto es que ambos conceptos se complementan en la literatura torriana, en donde existe una dualidad entre lo que se es y lo que se pretende ser, entre el que participa a fuerzas en la dinámica de la vida social y aquel que se escapa por medio de la literatura a la menor oportunidad; escribe sobre ello en “Beati qui perdunt...!”:

Todos somos un hombre que vive y un hombre que mira; y cuando nuestra existencia corre acompañada por el cause de una larga condena o de un matrimonio feliz, el espectador se aburre y piensa en abandonar la sala por la puerta del suicidio.

En los indolentes y que no gustan de la acción, el espectador es un melancólico personaje, ennoblecido por un aire perenne de destierro; en todos nosotros prueba ser de humor versátil y lleno de inhumanidad. Su carencia de sentimientos morales es en verdad irritante; y nadie sino él califica de magníficos un incendio y un descarrilamiento, y de despreciable, un percance de ciclista. [...]

El actor es siempre esclavo del espectador y en los hombres extravagantes esa esclavitud se vuelve tiránica. Representa el actor en nosotros la pequeña sabiduría y le mueven exclusivamente bajos intereses: sólo entiende de ganar la vida, de evitar el dolor, de amar la comodidad, de seguir la línea de menor resistencia. Cuando perdemos un libro, los guantes, el reloj, se lamenta amargamente. El espectador, al revés, piensa ante toda pérdida en cambiar el mobiliario, en renovar la biblioteca, en hacer nuevas compras. Para él perder es como abrir una ventana a las sorpresas (Torri, 2011: 112).

Así, el artista torriano es un personaje melancólico que se encuentra al margen, pero que descubre la aceptación por medio una faceta cómica que expresa un humor que a menudo es difícil de digerir sin ese velo, pues al desnudo es incisivo y crítico y, muchas veces, pesimista.

Luigi Pirandello considera que el melancólico es un humorista, en tanto su pensamiento se hunde “en lo humano, en lo más genuino y exclusivamente humano: la facultad razonadora, mediante la cual se analiza o se descompone el propio sentimiento o los sentimientos aje-

nos” (1994: 13), y para transmitir este pensamiento se utiliza los matices de lo cómico y la apertura de la brevedad como puente.

Ahora bien, el verdadero humorista procura “desarrollar aquello que parece puramente arbitrario como si estuviera realmente lleno de verdad y hace surgir del seno de esas particularidades accidentales una idea sustancial y verdadera”; sobre esta misma idea Rafael Lapesa anota que el humorismo:

salta con facilidad de la actitud grave a la burla, de la alegría a la tristeza, de lo razonable a lo absurdo, de tal modo que lo realmente serio aparece como bufonada, o por el contrario, la burla toma aspecto de sentenciosa solemnidad. El humorismo es un juego demoledor que quita importancia a lo generalmente reconocido como trascendental, al equipararlo con lo insignificante. Por eso encierra muchas veces una visión amarga y desengañada del mundo, la humanidad o la vida (*apud* Martínez Camacho, 2008: 30).

El estilo torriano busca la reflexión y la crítica porque esconde una ética bastante consolidada, la cual parte de una visión que se

encuentra marcada por un oscilamiento de la mirada entre lo moral y lo inmoral, entre lo cotidiano y lo fantástico. La cavilación se encuentra en plena consonancia con su forma de posicionarse en el mundo y en la literatura, y no ha pasado desapercibida por aquellos que se interesan en su obra. Carlos Monsiváis, por ejemplo, al hablar del coahuilense apunta que un “moralista no es quien extrae conclusiones de las conductas, sino quien señala una determinada conducta como conclusión” (1981: 34). Apreciación que está relacionada con el “decir sin decir explícitamente” que se exhibe en el corpus torriano y al mismo tiempo enfatiza el poder del humor, pues éste “desnuda seudovalores, meras apariencias de valores. Toda aspiración que deje entrever falsedad es susceptible a ser descubierta y nulificada por la mirada inquisitiva del humorista” (Gómez Pezuela, 2003: 19).

Por eso, Ramón Xirau no duda en calificar a Torri como un moralista o, más bien, en rescatar su vena moralista y dar una nueva lectura a la dualidad mencionada por el prosista en “Beati qui perdunt...!”, entre actor y espectador, pues las fusiona: “el moralista es quien se observa y al observarse nos observa: es también

nosotros” (Xirau, 1980: 22) y prosigue diciendo que el coahuilense posee una “moral alusiva, hecha de esbozos, enemiga de los pecados capitales (si no siempre, de los vicios menores)”, y concluye: “en pocas palabras: la moral, y por consiguiente la literatura de Torri –en ambas juez y parte–, puede reducirse a una forma que por humana, por verdaderamente humana, se sabe y se quiere incompleta” (23).

Todo esto redondea, a trazos muy gruesos, una voluntad de estilo que es intensa y aguda, afinidades que deambulan en los preceptos modernistas del “arte por el arte” y técnicas de composición que se asemejan a las exploradas por Quevedo o Gracián en los Siglos de Oro, todo sin descuidar, nunca, una precisión en la selección de cada elemento que decide poner en juego en sus textos, pues cada sonido, palabra, frase o fragmento se encuentra motivado por un trasfondo que se sugiere pero que nunca se especifica, por lo tanto, cada elemento se vuelve imprescindible por su valor como indicio en lo que propone como una pesquisa intelectual. Son los elementos más evidentes –la hibridación, la brevedad y el humorismo– los que también indican la complejidad de su propuesta, que si bien “revela preocupaciones

muy distintas, nos parece que su denominador común tiende a ser un sostenido interés por el hombre con todas sus flaquezas y virtudes” (Zaitzeff, 1980: 23).

Al final se encuentra el hombre que observa, y utiliza su mirada analítica para expresar aquellos detalles de una forma que el otro, el lector, pueda emprender una travesía. Lo suyo no es el adoctrinamiento, ni en el aula ni en la literatura, sino la recomendación. Sus textos entonces se convierten en un guiño, en una sonrisa cómplice para el interlocutor viejo o nuevo, que más que nada estimulan a compartir ese espacio donde la inteligencia hace sus gestos más lúdicos. Torri hizo una invitación a la exploración y a la aventura porque buscaba un escape de la cotidianidad en la que se encontraba inserto, pero también porque necesitaba de alguna manera un reconocimiento de sus motivos, de sus afinidades, de las verdades que se velan detrás de las sonrisas que erigió.

Zaitzeff escribe que “como fino poeta que es, Torri se limita tan sólo a sugerir”, y que sus textos se caracterizan por el humorismo, pues “en efecto, toda la visión del mundo de Torri está matizada y transformada por una ironía a la inglesa. Sin embargo, no se debe perder de

vista que detrás de esa sonrisa suave se esconde un hombre triste y desencantado” (1980: 24). Hay mucho de autobiográfico en la escritura torriana, las analogías que hay entre el aburrimiento y el hastío de la vida cotidiana, así como los desplantes fantásticos que le provocaban las lecturas de sus autores favoritos, se encuentran ahí registrados. “Imágenes, fantasmas, paisajes, leyendas, apólogos, mujeres admiradas, mujeres personajes de ironía, humor blanco, humor negro”, Ramón Xirau nos dice que “Torri nos revela un mundo complejo dicho con sencillez ‘poemática’. Y el rasgo común de las múltiples perspectivas que vive e imagina viviéndolas Julio Torri puede encontrarse” en el epígrafe que abre este librito número 18 de la Pequeña Galería de Escritores Hispanoamericanos, pues ahí se concentra “todo un proyecto –esbozo artísticamente creado y recreado para el existir–” (Xirau, 1981: 24). A pesar de todos los calificativos empleados para describir la obra torriana, éstos suelen quedar cortos para discernir tanto al escritor como a su obra, pues bajo la lupa los brochazos adquieren particularidades que lo van a distanciar de manera considerable de sus contemporáneos y lo van a posicionar, con justa razón, como un pionero en la construcción

de los textos breves. En todos los sentidos, es en el detalle, en la minucia, en gesto, donde el valor torriano adquiere su máxima expresión.

Ahora bien, se podría continuar escribiendo sobre el cómo y el porqué de los motivos, de los recursos, de las constantes y las particularidades de la obra torriana; sin embargo, como dijo José Luis Martínez en los funerales del escritor: “para el hombre que amó tanto la brevedad, no podemos hacer mejor homenaje que el silencio” (*apud* Espejo, 1991: 127).

## Bibliografía

- Blanco, Mercedes, (1988), “El mecanismo de la ocultación. Análisis de un ejemplo de Agudeza”, *Criticón (Toulouse)*, núm. 43, pp. 13-36.
- Cano, Gabriela, (2008), “La Escuela Nacional de Altos Estudios y la Facultad de Filosofía y Letras (1910-1929)”, en *Estudios y estudiantes de filosofía. De la Facultad de Artes a la Facultad de Filosofía y Letras (1551-1929)*, Enrique González González (coord.), México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación / Facultad de Filosofía y Letras / El Colegio de Michoacán, pp. 541-572.
- Carballo, Emmanuel, (1986), *Protagonistas de la literatura mexicana*, México: Secretaría

de Educación Pública / Ediciones El Ermitaño.

Corral, Wilfrido H., (1996), “Las posibilidades genéricas y narrativas del fragmento: formas breves, historia literaria y campo cultural hispanoamericanos”, *NRFH*, vol. XLIV, núm. 2, pp. 151-187.

Curiel Defossé, Fernando, (1999a), “Vasconcelos, forzado relevo ateneísta”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 18, núm. 18, pp. 63-87.

\_\_\_\_\_, (1999b), *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

\_\_\_\_\_, (2001), *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Díaz Dufoo, Carlos [Petit Blue], (1894), “Azul pálido”, *Revista Azul*, t. IV, núm. 18, 1 de marzo, p. 301.

Espejo, Beatriz, (1991), *Julio Torri. Voyerista desencantado*, México: Diana.

García Morales, Alfonso, (1992), *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla: Publica-

- ciones de la Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla.
- García Terrés, Jaime, (1987), “Torri”, en Julio Torri, *El ladrón de ataúdes*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 7-9.
- Glantz, Margo, (1989), “Un buen equilibrista: Julio Torri”, en Serge I. Zaitzeff (comp.), *Julio Torri y la crítica en los años ochenta*, México: Universidad de Guadalajara / Patronato del Teatro Isauro Martínez / Conaculta/ Instituto Nacional de Bellas Artes, pp. 32-37.
- Gómez Pezuela, María del Carmen, (2003), *Tres aproximaciones a la obra de Julio Torri*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Gracián, Baltasar, (1996), *Agudeza y arte de ingenio*, México: Universidad Autónoma Nacional de México.
- Hazlitt, William, (2002), “Sobre el ingenio y el humor”, *CIC: Cuadernos de Información y Comunicación*, núm. 7, Madrid: UCM.
- Madrigal, María Elena, (2011), *Del licántropo que aúlla con gran perfección: la poética de Julio Torri desde el Ateneo y el esteticismo*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

- \_\_\_\_\_, (2013), *Julio Torri De fusilamientos. Edición crítica*, México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Martínez Camacho, Hugo Alberto, (2008), *De la poesía al humorismo sólo hay un poemínimo*, tesis de licenciatura, Guanajuato: Universidad de Guanajuato.
- Martínez, José Luis, “Maestro, bibliófilo y escritor excepcional”, en Serge I. Zaitzeff, *Julio Torri y la crítica*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 27-30.
- Matute, Álvaro, (1999), *El Ateneo de México*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Mejía Sánchez, Ernesto, “Anversos y reversos de Julio Torri”, en Serge I. Zaitzeff, *Julio Torri y la crítica*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 48-54.
- Millán, María del Carmen, (1981), “La paradoja del solitario”, en Serge I. Zaitzeff, *Julio Torri y la crítica*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 55-61.
- Monsiváis, Carlos, (1981), “La brevedad como don de lucidez”, en Serge I. Zaitzeff, *Julio Torri y la crítica*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 31-34.
- \_\_\_\_\_, (2008), “Julio Torri: el segundo Ulises”, en *Escribir por ejemplo. De los inventores*

- de la tradición*, México: Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública, pp. 127-148.
- Novo, Salvador, (1929), "Mutilación y pequeñez de los nombres seudónimos", *Revista de Revistas*, año XVIII, núm. 959, 16 de septiembre, p. 36.
- Pacheco, José Emilio, (1981), "Julio Torri: *Tres libros*", en Serge I. Zaitzeff, *Julio Torri y la crítica*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 25-26.
- , (1989), "Julio Torri, o la humildad premiada", en Serge I. Zaitzeff (comp.), *Julio Torri y la crítica en los años ochenta*, México: Universidad de Guadalajara / Patronato del Teatro Isauro Martínez / Conaculta / Instituto Nacional de Bellas Artes, pp. 55-59.
- Pirandello, Luigi, (1994), *El humorismo*, Argentina: Leviatán.
- Reyes, Alfonso, (1996), "Homenaje fúnebre del Colegio Nacional", en *Obras Completas*, t. I, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 309-310.
- Reyes, Alfonso y Pedro Henríquez Ureña, (1986), *Correspondencia I (1907-1914)*,

- José Luis Martínez (ed.), México: Fondo de Cultura Económica.
- Roggiano, Alfredo A., (1989), *Pedro Henríquez Ureña en México*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sheridan, Guillermo, (2011), “Julio Torri, fusilero”, en *Señales debidas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Torri, Julio, (1974), *La literatura española*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_, (1980), *Diálogo de los libros*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_, (1995), *Epistolarios*, Serge I. Zaitzeff (ed.), México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- \_\_\_\_\_, (1999), *Antología del cuento universal*, dos tomos, Julio Torri (sel. y pról.), México: Océano.
- \_\_\_\_\_, (2011), *Obra completa*, México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_, (2015), *Un mundo abreviado. Un paseo (en bicicleta) por la vida y obra de Julio Torri*, Edith Castro (ed.), Saltillo: Conaculta.
- VV.AA., (2000), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recopilación), Fernando Curiel (anejo do-

- cumental), México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Xirau, Ramón, “Julio Torri y el significado de la brevedad”, en Serge I. Zaitzeff, *Julio Torri y la crítica*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 21-24.
- Zaitzeff, Serge I., (1980), “Estudio preliminar”, en Julio Torri, *Diálogo de los libros*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 7-25.
- \_\_\_\_\_, (1983), *El arte de Julio Torri*, México: Oasis.
- \_\_\_\_\_, (2004), *Brevedades de Julio Torri*, México: Gobierno de Coahuila.
- \_\_\_\_\_, (2006), *Anywhere in the south. Cartas de una joven texana a Julio Torri*, México: Universidad Nacional Autónoma de México/ DGE Equilibrista.



## Sobre el autor

Licenciado en Letras Españolas por la Universidad de Guanajuato, maestro en Literatura Hispanoamericana y doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de San Luis. Actualmente se desempeña como profesor por asignatura en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y realiza una estancia posdoctoral en el Departamento de Letras Hispánicas de la Universidad de Guanajuato. Sus últimas publicaciones académicas son: *La sonrisa fragmentada. Afinidades literarias entre Julio Torri y Carlos Díaz Dufoo Jr.* (El Colegio de San Luis, en prensa); “La memoria como configuración de mundo en *El reino de Celama*, de Luis Mateo Díez”, *Valenciana. Estudios de Filosofía y Letras* (nueva época, año 11, núm. 22, julio-diciembre 2018); “Las correrías de Jesús Urueta en la primera década del siglo xx”, *Interpretextos* (año 11,

núm. 19, 2018); “La toma de un espacio. *La Revista Moderna de México* y los ateneístas”, en *Literatura y prensa periódica mexicana. Siglos XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades* (El Colegio de San Luis, 2017) y “Mariano Silva y Aceves y las revistas literarias”, incluido en *Escritura en movimiento. Autores mexicanos ante la crítica textual* (El Colegio de San Luis, 2016).

En 2011 obtuvo, en el rubro de Jóvenes Creadores, la beca del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (FECA) y, en 2015, la beca en la misma categoría que otorga el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca). Ha publicado en diversas revistas y periódicos como *Zona Franca*, *RGB*, *Dédalo* (crítica, cultura y arte), *Deliberación*, *Ruleta Rusa* y *Suburbano*; también ha sido incluido en las antologías de *Narradores potosinos de la década de los ochenta* (Punto de Partida, UNAM, 2016), *Antología de letras, dramaturgia, guion cinematográfico y lenguas indígenas* (Fonca, 2016) y *Variopinto* (Vochó Amarillo, 2017).

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Rector General

*Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino*

Secretario General

*Dr. Héctor Efraín Rodríguez de la Rosa*

Secretario Académico

*Dr. Sergio Antonio Silva Muñoz*

Secretario de Gestión y Desarrollo

*Dr. Jorge Alberto Romero Hidalgo*

CAMPUS GUANAJUATO

Rectora

*Dra. Teresita de Jesús Rendón Huerta Barrera*

Secretaria Académica

*Dra. Claudia Gutiérrez Padilla*

Director de la División  
de Ciencias Sociales y Humanidades

*Dr. César Federico Macías Cervantes*

Director del Departamento  
de Letras Hispánicas

*Dr. Andreas Kurz*

*Torri* décimo octavo título de la colección Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, se terminó de editar y digitalizar en septiembre de 2019 en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato, de la Universidad de Guanajuato.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Ernesto Sánchez Pineda. El diseño de los forros es de Lilian Bello-Suazo.